



# **EL CREYENTE INVISIBLE**



**@SVALDO REBOLLEDA**

# **EL CREYENTE INVISIBLE**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Aliento de vida (Orihuela – España)**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción</b> .....	5
Capítulo uno:	
<b>Están, pero no son</b> .....	9
Capítulo dos:	
<b>La ilusión de estar bien</b> .....	16
Capítulo tres:	
<b>La Fe que no deja huellas</b> .....	23
Capítulo cuatro:	
<b>Creyentes espectadores</b> .....	30
Capítulo cinco:	
<b>El conformismo espiritual</b> .....	38
Capítulo seis:	
<b>El temor a involucrarse</b> .....	44
Capítulo siete:	
<b>Crisis de identidad</b> .....	51
Capítulo ocho:	
<b>Desconexión con la presencia de Dios</b> .....	58
Capítulo nueve:	
<b>Esterilidad espiritual</b> .....	64
Capítulo diez:	
<b>La pérdida de propósito</b> .....	69
Capítulo once:	
<b>La vulnerabilidad natural o espiritual</b> .....	75
Capítulo doce:	
<b>Una Iglesia debilitada</b> .....	81
Capítulo trece:	
<b>Llamados a manifestar no a ocultar</b> .....	87

Capítulo catorce:	
<b>El Reino es visible</b> .....	93
Capítulo quince:	
<b>Activados para ejercer influencia</b> .....	97
Capítulo dieciséis:	
<b>El despertar espiritual</b> .....	102
Capítulo diecisiete:	
<b>Asumiendo responsabilidades</b> .....	106
Capítulo dieciocho:	
<b>Activando lo que Dios nos entregó</b> .....	110
Capítulo diecinueve:	
<b>Vidas que dejan huellas</b> .....	114
<b>Conclusión</b> .....	118
<b>Reconocimientos</b> .....	122
<b>Sobre el autor</b> .....	124



# INTRODUCCIÓN

“La presencia que no se ve”

Hay realidades que no hacen ruido, pero que tienen un impacto profundo. No irrumpen, no escandalizan, no llaman la atención, pero están ahí, creciendo en silencio, extendiéndose sin resistencia, normalizándose sin ser cuestionadas. Una de esas realidades habita hoy en medio del pueblo de Dios.

No es evidente a simple vista. No se manifiesta en rebeldía abierta, ni en abandono declarado de la fe. No levanta alarmas inmediatas, ni provoca rupturas visibles. Por el contrario, convive con la rutina espiritual, se disfraza de normalidad y se integra cómodamente en la vida de muchos creyentes. Es una condición silenciosa, pero peligrosa.

Es posible estar cerca de lo sagrado, y aun así vivir distante de su poder. Es posible participar de espacios espirituales, y no ser transformados por ellos. Es posible sostener una identidad externa, sin experimentar una realidad interna. Y es precisamente en ese terreno donde nace lo que en estas páginas llamaremos: “el creyente invisible”.

No invisible ante los hombres, porque muchos son vistos, conocidos e incluso reconocidos dentro de sus comunidades, sino invisible en aquello que realmente

importa: en la manifestación de vida, en la evidencia del Reino, en la huella espiritual que debería acompañar a todo aquel que ha sido alcanzado por Dios.

Vivimos tiempos donde la fe se ha vuelto, en muchos casos, una experiencia superficial. Donde lo espiritual puede reducirse a momentos, a hábitos, a formas aprendidas, pero sin una expresión viva, activa y transformadora.

Cuando esto ocurre, algo comienza a apagarse lentamente. No de golpe, no de manera dramática. Sino de forma progresiva, casi imperceptible. Se pierde el asombro, se diluye la pasión, se debilita la convicción, y sin darnos cuenta, lo que alguna vez fue vida, se convierte en simple costumbre.

Lo más alarmante de esta condición no es su existencia, sino su aceptación. Hemos aprendido a convivir con una fe que no incomoda, que no exige, que no transforma profundamente. Una fe que no confronta estructuras internas ni moviliza decisiones radicales. Una fe que, en lugar de arder, simplemente permanece.

Sin embargo, hay una pregunta que en este libro deseo poner sobre la mesa: ¿Es esa la vida a la que fuimos llamados?

Porque si algo revela la Escritura de manera consistente, es que el encuentro con Dios nunca deja a una persona igual. Nunca la reduce, nunca la adormece, nunca la

vuelve irrelevante. Al contrario, la despierta, la activa, la envía, la transforma en evidencia viva de una realidad superior.

Por eso, este no es un libro para señalar desde la distancia, sino para examinar desde lo profundo. No es una crítica hacia otros, sino una invitación personal. No busca generar culpa, sino provocar un despertar espiritual, no solo beneficioso de manera personal, sino necesario ante la demanda corporativa de estos tiempos finales.

A lo largo de estas páginas, no encontrarán condenación, pero sí confrontación. No encontrarán exigencias humanas, pero sí un llamado divino. No encontrarán fórmulas vacías, pero sí principios que invitan a una fe genuina, visible y activa.

Este libro nace con un propósito claro: despertar a los hijos de Dios que, sin haberse ido, han dejado de manifestar la gracia de Cristo. Porque la invisibilidad espiritual no siempre es el resultado de una decisión consciente. Muchas veces es el producto de un proceso lento, de pequeñas concesiones, de una desconexión progresiva que no fue atendida a tiempo.

Y sin embargo, hay una verdad gloriosa que atraviesa todo este mensaje: Lo que se ha apagado, puede volver a encenderse, lo que se ha detenido, puede volver a moverse, lo que se ha ocultado, puede volver a manifestarse.

Dios no ha cambiado Su diseño, Él no ha reducido Su llamado, no ha debilitado Su propósito para aquellos que le pertenecen. Por eso, cada capítulo de este libro, será una invitación a mirar más allá de la superficie, a confrontar lo que se ha normalizado, y a redescubrir la vida que Dios siempre quiso que experimentáramos.

No se trata de invitar a mis hermanos a hacer más cosas para Dios, se trata de volver a ser en Cristo. No se trata de aparentar, se trata de manifestar la verdad desde el corazón. No se trata de ocupar un lugar, se trata de vivir con propósito. Es por eso, que si en algún momento, mientras leen, sienten que algo dentro de ustedes se incomoda, se inquieta o se despierta, es porque el Espíritu Santo los está llamando a un nuevo tiempo.

Porque hay una voz que sigue llamando. Una vida que sigue disponible, y un diseño de Reino que aún espera ser plenamente vivido. Este es un llamado a salir de lo oculto, a romper con la pasividad, y a abrazar una fe que no puede permanecer invisible. Bienvenidos a este recorrido.

***“Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová.”***

Lamentaciones 3:40



# Capítulo uno

## **ESTÁN, PERO NO SON**

*“En realidad, todo esto tiene que pasar para que se vea quiénes son los verdaderos seguidores de Cristo.”*

1 Corintios 11:19 TLA

Existe una realidad profundamente inquietante dentro de la vida espiritual que no siempre resulta evidente: la posibilidad de estar presente en los espacios correctos, rodeado de lo sagrado, expuestos de manera constante a la verdad, y sin embargo no ser transformados por nada de ello. Esta condición, aunque silenciosa, revela una desconexión entre lo que se vive externamente y lo que realmente sucede en el interior de algunos creyentes.

No se trata de una problemática exclusiva de nuestro tiempo, aunque hoy se manifiesta con mayor frecuencia y aceptación. A lo largo de la historia, la tensión entre la apariencia y la esencia ha estado siempre presente, recordándonos que en el ámbito del Reino no todo lo que parece auténtico necesariamente lo es. Es posible adoptar formas, aprender lenguajes y participar activamente en

dinámicas espirituales sin que eso implique una verdadera vida en Dios.

Aquí es donde comienza a perfilarse la figura de un tipo de creyente invisible: alguien que está dentro del entorno espiritual, que participa de la fe de manera visible, pero cuya vida carece de la sustancia que debería acompañar esa cercanía.

No hay una ruptura evidente ni una crisis manifiesta; por el contrario, todo parece continuar con normalidad. Sin embargo, en lo profundo, la vida espiritual no está impulsando su vigor, su dirección ni su autenticidad.

Uno de los engaños más sutiles en este proceso consiste en confundir la proximidad con la participación real. Estar cerca de lo espiritual no equivale a vivir en lo espiritual, así como escuchar la verdad no necesariamente implica encarnarla. La repetición constante de experiencias externas puede generar una sensación de estabilidad que no siempre corresponde con la realidad interior, creando una ilusión de crecimiento donde en realidad puede haber solo participación religiosa.

El problema no está fuera, sino dentro: cuando la Iglesia adopta prácticas sin vida, corre el riesgo de parecerse más a un sistema religioso que a una expresión viva del Reino. Y esto no solo afecta a quienes recién llegan, sino también a quienes, con el tiempo, comienzan a sustituir la vida espiritual por la rutina espiritual.

En muchos casos, incluso dentro del liderazgo, puede surgir una auto percepción más cercana a la práctica de actividades religiosas que a la vivencia consciente de ser hijos de Dios y embajadores del Reino. Se aprende a hacer, se aprende a sostener dinámicas, pero no siempre se vive desde la vida del Espíritu. Se puede enseñar, servir, organizar, predicar, y aun así carecer del impulso interno que proviene de una verdadera comunión con Dios.

Esto genera una realidad preocupante: una persona puede integrarse a la vida congregacional, participar activamente, servir con compromiso, y sin embargo no haber experimentado la regeneración espiritual. Puede hacer lo mismo que otros hacen, incluso con mayor disciplina, pero sin la vida que produce el Espíritu.

Esto no debería ser así, porque la presencia del Espíritu debe notarse en todo lo que hacemos, y la vida del Reino debe manifestarse mucho más allá de las reuniones. Sin embargo, en muchos lugares se ha reducido el diseño de Dios a lo que ocurre dentro de un culto, generando una iglesia visible en sus reuniones, pero invisible en la sociedad.

Por esta razón, alguien puede creer, congregarse, cantar, ofrendar e incluso servir, sin que la vida del Espíritu esté operando en su interior. Pero la Iglesia del Señor no está compuesta de simples creyentes, porque aun los demonios creen. La Iglesia está formada por hijos que han nacido de nuevo y que expresan a Cristo por la gracia recibida.

Debemos ser claros en algo: nosotros no somos jueces de los corazones. No nos corresponde separar lo que solo Dios puede discernir plenamente. Sin embargo, sí debemos reconocer que esta realidad existe. Hay personas que participan de la vida congregacional, pero que aún no han entrado en la dimensión espiritual que propone el Nuevo Pacto.

Cuando la vida del Espíritu no está presente, se puede cantar, pero no adorar; se puede aprender Biblia, pero no recibir revelación. Puede haber intención, incluso compromiso, pero falta el impulso divino que sostiene y da sentido a la vida espiritual.

Con el tiempo, esto se hace evidente. La convicción pierde firmeza, la pasión se enfría y la práctica se vuelve costumbre. No necesariamente hay una crisis visible, pero sí una falta de disfrute y de vida. El lenguaje permanece, pero la vida deja de fluir.

Estos creyentes pueden llegar a normalizar estados que, en realidad, deberían ser motivo de búsqueda y reflexión. Al observar la vida espiritual de otros, no se trata de compararse, sino de reconocer que quizás aún no han experimentado plenamente la gracia de la regeneración. Han creído, sí, pero aún no han entrado en la vida que Cristo ofrece.

La vida espiritual no puede ser producida por el esfuerzo humano; es una obra de Dios. Pero el corazón sí

puede disponerse, responder, abrirse al llamado divino. Por eso, en lugar de frustrarnos por la falta de fruto en algunos, deberíamos orar para que esa vida sea impartida por la gracia del Señor.

Especialmente los líderes debemos desarrollar discernimiento espiritual, no para señalar, sino para comprender los procesos. Cuando esta realidad no se discierne, la ausencia de fruto deja de verse como un proceso y comienza a aceptarse como una condición normal. Y cuando esto ocurre, la iglesia comienza a debilitarse silenciosamente.

Entonces surge una pregunta importante: ¿qué hacemos cuando detectamos esta realidad? No se trata de excluir ni de generar diferencias humanas, sino de no confundir apariencia con esencia. La Iglesia, en su dimensión espiritual, está compuesta por aquellos que han nacido de nuevo y avanzan en su madurez en Cristo.

No debemos discriminar, pero sí debemos edificar con sabiduría. Las bases de la Iglesia deben afirmarse en vidas donde el Espíritu está obrando, no solamente en personas con buena voluntad. La Iglesia no avanza por voluntarismo, sino por la obra del Espíritu Santo.

Una persona puede decidir congregarse, así como alguien decide participar en distintos sistemas religiosos, pero eso no garantiza vida espiritual. Se puede estar, sin haber nacido de nuevo. Y esa diferencia es fundamental.

La historia bíblica nos muestra que incluso los hombres más religiosos en tiempos de Jesús, comprometidos, estudiosos y disciplinados, no pudieron reconocer la vida cuando estuvo delante de ellos. Practicaban, enseñaban y sostenían estructuras, pero carecían de discernimiento espiritual.

La religiosidad es peligrosa precisamente porque puede parecer auténtica. No es una imitación burda, sino una muy cercana a la verdad, y por eso puede pasar desapercibida, generando daño sin ser detectada fácilmente. Cuando se trabaja sin discernimiento, se puede invertir mucho tiempo y esfuerzo sin ver fruto real. Se puede acompañar, enseñar y sostener procesos, pero si la vida del Espíritu no está presente, el resultado seguirá siendo limitado. No por falta de trabajo, sino por ausencia de vida.

Es necesario comprender que la medida de Dios no coincide con la percepción humana. Lo que parece suficiente externamente puede no serlo delante de Él. Porque Dios no responde a las formas, sino a la realidad que las sustenta.

El Evangelio no fue diseñado para sostener una imagen espiritual, sino para producir una transformación genuina. No se trata de encajar en prácticas, sino de participar de una vida que se manifiesta. Y cuando esa vida está ausente, todo lo demás pierde su verdadero sentido.

Por eso, la pregunta que surge no es superficial, sino profundamente necesaria: si se removiera todo lo externo de

nuestras experiencias espirituales, ¿qué quedaría en lo íntimo de cada uno? ¿Existe una comunión real? ¿Una vida que permanece más allá del contexto?

Este capítulo no busca generar condenación, sino provocar una revisión honesta. No apunta a señalar desde afuera, sino a despertar una conciencia interna. Porque reconocer nuestra condición no es el final, sino el inicio de una verdadera transformación.

Aun cuando alguien esté en la condición de “estar, pero no ser”, sigue existiendo una invitación abierta. La vida espiritual no está limitada por el pasado ni determinada por el presente. La gracia de Dios sigue obrando, llamando, regenerando.

No podemos asumir que todos los que están con nosotros son del Reino, pero tampoco debemos dejar de orar para que lo sean. Nuestra responsabilidad no es producir la vida, sino clamar por ella y caminar en ella.

*“Señor, quisiéramos que nadie esté cerca de Ti sin pertenecerte, no queremos aprender de Ti sin ser transformados por Ti. Otorga la gracia de Tu vida a todo creyente que al menos entrega su voluntad, para que puedan conocerte de verdad y recibir la vida de Tu Espíritu, y que esa vida, nos haga a todos visibles en el cielo, para que podamos ser visibles en el mundo. Porque, en definitiva, no somos lo que aparentamos, sino lo que Tú has hecho en nosotros. Y solo esa vida es la que permanece...”*

## Capítulo dos

# LA ILUSIÓN DE ESTAR BIEN

*“Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio.”*

1 Corintios 3:18

En el caso de quienes realmente hemos recibido la regeneración, es posible que en algún momento suframos una de las condiciones más complejas de tratar en la vida espiritual, que no es precisamente la debilidad evidente, ni siquiera el fracaso manifiesto, sino la sensación de estar bien cuando en realidad no lo estamos.

A diferencia de otras crisis que se hacen visibles y generan reacción, esta se instala de manera silenciosa, sin provocar alarmas, construyendo una percepción de estabilidad que puede no corresponder con la verdadera condición del corazón.

El problema de esta ilusión no radica únicamente en el error de diagnóstico, sino en sus consecuencias. Cuando una

persona cree que está bien, deja de buscar, deja de profundizar, deja de exponerse a procesos que podrían confrontar su estado real. La búsqueda se detiene, no porque se haya alcanzado la plenitud, sino porque se ha asumido equivocadamente que ya no es necesaria.

Esta dinámica espiritual encuentra uno de sus mayores aliados en la comparación. En lugar de evaluar la vida desde la verdad de Dios, muchos terminan midiéndose a partir de otros, estableciendo estándares relativos que suavizan la percepción de su propia condición.

Siempre habrá alguien menos comprometido, menos disciplinado o menos involucrado, y esa referencia se convierte en un consuelo engañoso que reemplaza la necesidad de crecimiento genuino.

A esto se suma la familiaridad con lo espiritual. Con el paso del tiempo, lo que en un principio producía asombro puede volverse cotidiano; lo que antes despertaba reverencia puede convertirse en algo predecible.

La repetición constante de prácticas espirituales, o liturgias de culto puede generar una sensación de normalidad que, si no está acompañada de una vida interior activa, termina sustituyendo la experiencia real por una rutina sostenida.

De esta manera, la persona no percibe su propia desconexión, porque continúa participando, continúa

escuchando, continúa dentro del entorno correcto. Sin embargo, la transformación se ha detenido.

Ya no hay avance, no hay profundidad creciente, no hay una renovación interna que acompañe la exposición constante a la verdad. Y lo más delicado de todo es que esta condición puede sostenerse durante largos períodos sin ser cuestionada.

En este punto, la vida espiritual comienza a apoyarse más en la memoria que en la experiencia presente. Se recuerda lo que Dios hizo, lo que en algún momento se vivió, lo que antes era real, pero sin una evidencia actual que lo respalde. El pasado se convierte en referencia, y el presente pierde intensidad. Así, la fe deja de ser una vivencia activa para convertirse en un relato que se conserva, pero que ya no se experimenta con la misma fuerza.

Otro aspecto que refuerza esta ilusión es la capacidad de mantener formas correctas. Se puede orar, asistir, participar e incluso servir, sin que estas acciones reflejen necesariamente una vida interior saludable. La forma, cuando se desconecta de la esencia, tiene la capacidad de sostener una imagen que oculta la realidad. Y mientras la imagen se mantenga, la necesidad de cambio parece innecesaria.

Sin embargo, la vida espiritual no se define por la apariencia de actividad, sino por la evidencia de la madurez espiritual. No se trata de cuánto se hace, sino de cuánto de Dios se ha formado en el interior. Cuando este principio se

pierde de vista, la persona puede construir una vida espiritualmente funcional, pero profundamente superficial.

Aquí es donde se vuelve imprescindible recuperar la referencia correcta. La medida no puede ser el entorno, ni la costumbre, ni la comparación, sino la verdad. Y la verdad siempre tiene la capacidad de revelar aquello que las percepciones humanas intentan suavizar. No para condenar, sino para alinear. No para exponer con dureza, sino para restaurar con precisión.

La ilusión de estar bien es peligrosa porque anestesia la sensibilidad espiritual. Reduce la capacidad de discernir, debilita el anhelo de crecer y apaga la disposición al cambio. Y cuando esto ocurre, la persona no se resiste a Dios, pero tampoco responde a Él con la profundidad que podría.

Por eso, uno de los mayores actos de madurez espiritual consiste en someter la propia percepción a la luz de Dios. Estar dispuesto a ser examinados por el Espíritu Santo, a permitir que la verdad revele aquello que nosotros mismos no alcanzamos a ver, es una señal de vida genuina. Porque solo aquello que es expuesto puede ser transformado.

Este capítulo no busca generar inseguridad, sino despertar sensibilidad. No se trata de vivir en constante duda, sino de evitar la comodidad de una certeza mal fundamentada. La seguridad espiritual no proviene de lo que asumimos, sino de lo que Dios confirma en el interior de una vida que permanece en Él.

Reconocer que podemos estar equivocados en nuestra percepción no es debilidad, es una puerta abierta a la verdad. Y la verdad, cuando es abrazada con humildad, siempre conduce a una vida más plena, más profunda y más auténtica.

Salir de la ilusión no comienza con grandes cambios externos, sino con una disposición interna: dejar de confiar ciegamente en lo que creemos ser, para permitir que Dios revele lo que realmente somos. Porque solo desde ese lugar es posible avanzar hacia una vida que no solo parece estar bien, sino que verdaderamente lo está.

Hay un ejemplo muy interesante en el libro de Malaquías. El profeta es enviado por Dios a confrontar al pueblo por su pecado y su dureza de corazón. Sin embargo, el pueblo no solo no reconoció las acusaciones del profeta, sino que parecía ignorar completamente sus propias falencias.

En **Malaquías 1:6**, el Señor les dice por medio del profeta: *“Menospreciáis mi nombre, y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?”*. Esta pregunta pretende eludir la afirmación divina y demuestra, además, que no estaban dispuestos a asumir sus actos, como si ni siquiera los percibieran.

En **Malaquías 1:7**, el Señor añade: *“Ofrecéis sobre mi altar pan inmundo, y decís: ¿En qué te hemos deshonrado?”*. Nuevamente vemos que a una exhortación le

sigue una pregunta del pueblo, como si no reconocieran lo que estaban haciendo mal.

En **Malaquías 2:13 y 14**, el Señor declara: ***“No miraré más la ofrenda para aceptarla”***, y el pueblo responde: ***“¿Por qué?”***, como si realmente no encontraran motivos para la repreensión divina. En **Malaquías 2:17**, el profeta añade: ***“Habéis hecho cansar a Jehová con vuestras palabras”***, y ellos replican: ***“¿En qué?”***. Una vez más, como si no entendieran de qué se los acusa.

En **Malaquías 3:7**, el Señor les dice: ***“Volveos a mí”***, pero ellos responden: ***“¿En qué hemos de volvernos?”***. En **Malaquías 3:8**, el Señor hace una dura y conocida acusación: ***“Vosotros me habéis robado”***, y ellos preguntan: ***“¿En qué te hemos robado?”***. Finalmente, en **Malaquías 3:13**, el Señor señala la mala forma en que hablaban: ***“Vuestras palabras contra mí han sido violentas”***, y ellos responden: ***“¿Qué hemos hablado contra ti?”***.

¿Pueden ver el patrón de pensamiento y expresión que utilizan los creyentes? ¿Se dan cuenta de que, aun cuando era Dios mismo quien les señalaba sus errores, ellos parecían no registrarlos? Hay dos opciones ante esto: o eran muy hipócritas y perversos, o realmente no estaban percibiendo cuán erróneas eran sus conductas.

Yo me inclino por esto último. Puede que algún religioso de esa época tuviera malas intenciones, pero creo que, en general, eran personas piadosas y honestas, aunque

superficiales. El pacto que vivieron fue muy limitado y humanamente imposible de sostener. Por eso no pretendo juzgarlos por sus respuestas, sino señalar el ejemplo que nos dejan: asumir que, tal vez, en algún momento podamos pensar que estamos bien cuando, en realidad, no es así.

Siempre enseñé que, si intentamos utilizar la introspección para analizar nuestra condición espiritual, terminaremos equivocándonos. Lo que necesitamos es depender más del Espíritu Santo y permitir que sea Él quien nos lleve a toda verdad y justicia, proporcionándonos convicción de nuestra verdadera condición interna.

En Cristo tenemos un Pacto superior y glorioso. Un Pacto que no nos demanda voluntarismo, sino verdadera entrega. No podemos decir que no vemos, porque solo necesitamos rogar al Espíritu por revelación; y no podemos decir que no podemos avanzar, cuando es Él quien puede generar en nosotros los cambios necesarios hacia la plenitud.

***“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”***

Filipenses 2:13



## Capítulo tres

### **LA FE QUE NO DEJA HUELLA**

*“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos.”*

Hebreos 11:1 y 2

Una de las evidencias más claras de una vida espiritual saludable no se encuentra únicamente en lo que se cree, sino en lo que esa fe produce. La fe verdadera, cuando es viva, inevitablemente deja rastro; genera fruto, transforma entornos, impacta decisiones y se manifiesta de maneras concretas. No permanece encerrada en lo interno ni se limita a lo conceptual, sino que se expresa, se evidencia y se hace visible en la vida cotidiana.

Sin embargo, existe una forma de fe que, aunque está presente en el discurso, carece de impacto real. No porque haya sido negada, sino porque ha perdido su fuerza operativa. Es una fe que no incomoda, que no moviliza, que no altera la manera de vivir. Permanece en el ámbito de las convicciones

declaradas, pero no desciende al terreno de las decisiones que marcan una diferencia.

Esta condición no siempre es percibida como problemática, precisamente porque no contradice abiertamente la identidad del creyente. La persona continúa afirmando lo que cree, mantiene un marco doctrinal correcto y se reconoce a sí misma como alguien de fe. Sin embargo, al observar la vida en su desarrollo práctico, no se encuentran evidencias claras de madurez sostenida.

La ausencia de huella no significa necesariamente ausencia de actividad, sino falta de impacto. Se puede hacer mucho sin que nada cambie en profundidad. Se pueden sostener hábitos espirituales sin que estos produzcan una renovación real. Incluso se puede participar en dinámicas que parecen significativas, pero que no generan fruto duradero en el carácter, en las decisiones o en la manera de relacionarse con Dios y con los demás.

En este punto, la fe corre el riesgo de convertirse en una dimensión paralela de la vida, desconectada de la realidad diaria. No influye en la forma de pensar, no orienta las prioridades, no redefine los valores. Se mantiene como una referencia importante, pero no como un principio rector. Y cuando la fe pierde su capacidad de gobernar la vida, comienza a diluirse en medio de otras influencias.

La Escritura presenta la fe como una fuerza activa, capaz de producir cambios visibles y concretos. No es un

concepto abstracto ni una declaración vacía, sino una dinámica que involucra confianza, obediencia y acción. Cuando esta dinámica está presente, la vida del creyente adquiere una dirección clara, y sus decisiones comienzan a reflejar aquello en lo que realmente cree.

Por el contrario, cuando la fe se desvincula de la acción, pierde su expresión más genuina. Se conserva en el lenguaje, pero no en la práctica. Se afirma con palabras, pero no se respalda con hechos. Y con el tiempo, esa desconexión debilita la coherencia interna, generando una brecha entre lo que se declara y lo que se vive.

Uno de los efectos más sutiles de esta condición es la pérdida de influencia. No se trata únicamente de impacto hacia afuera, sino de autoridad interior. Cuando la fe no se ejerce, la convicción se debilita. Cuando no se traduce en decisiones concretas, deja de tener peso en la vida. Y así, el creyente puede encontrarse sosteniendo verdades eternas que ya no gobiernan su realidad presente.

Esto no ocurre de un momento a otro, sino a través de un proceso en el que pequeñas decisiones van restando fuerza a la fe. Cada vez que lo que se cree no se lleva a la práctica, se genera una distancia. Cada vez que se evita responder a lo que Dios demanda, se debilita la sensibilidad. Y con el tiempo, esa acumulación produce una vida donde la fe sigue presente, pero sin evidencia.

Es importante comprender que la huella no siempre se mide en términos visibles o espectaculares. No se trata de resultados externos llamativos, sino de una transformación real que se expresa en lo cotidiano: en la manera de responder, en la coherencia de las decisiones, en la fidelidad en lo pequeño, en la integridad cuando nadie observa. Allí es donde la fe demuestra su autenticidad.

Una fe que deja huella no es perfecta, pero sí es activa. No está exenta de procesos, pero no permanece pasiva ante ellos. Se involucra, responde, se alinea y avanza. Está dispuesta a asumir el costo de vivir conforme a lo que cree, aun cuando eso implique incomodidad, renuncia o confrontación.

Por eso, la ausencia de una fe evidente no debería ser ignorada ni justificada. Es una señal que invita a revisar la naturaleza en la que se está viviendo el Nuevo Pacto. No desde la culpa, sino desde la honestidad. No para descalificar, sino para restaurar la conexión entre lo que se cree y lo que se vive.

Porque la fe, cuando es genuina, no puede permanecer oculta ni inactiva. Tarde o temprano se manifiesta, se expresa y deja evidencia. Y cuando eso no ocurre, no es la fe la que ha fallado, sino la forma en que la estamos viviendo.

Lo he dicho en varias de mis conferencias: creo que muchos cristianos hoy en día están viviendo más desde el esfuerzo y desde sus capacidades y oportunidades personales

que en dependencia del poder de Dios. Es como si estos hermanos tuvieran un Dios más grande en la Biblia que en sus propias vidas. El domingo escuchan un mensaje de Moisés abriendo el mar, y el lunes se quejan porque no pueden pagar ni su tarjeta de crédito.

Decir que todo lo podemos en Cristo y después no poder, simplemente porque no entendemos cómo funciona esa Palabra, es una especie de calamidad evangélica. Nosotros podemos lo que Dios dice que podemos, no lo que deseamos poder. Esto nos obliga a una íntima comunión con Dios para comprender Su voluntad y ponerla por obra.

La falta de oír a Dios, no de oír mensajes, sino de oír a Dios, es lo que ha generado que muchos digan tener fe, pero no tengan dirección. El problema es que la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra (**Romanos 10:17**). No dice “por leer la Biblia”. Aunque debemos leerla, necesitamos que el Espíritu Santo vivifique Su Palabra y nos dirija en todo (**Romanos 8:14**). Solo así tendremos fundamentos para la fe, lo cual debe llevarnos a la acción.

Cuando los hermanos no tienen dirección divina, tampoco tendrán una fe evidente a través de sus acciones. Hay una historia bíblica que ilustra esto muy bien y me gustaría que la recordemos:

*“Una mujer, de las mujeres de los hijos de los profetas, clamó a Eliseo, diciendo: Tu siervo mi marido ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso de Jehová; y*

*ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos. Y Eliseo le dijo: ¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa. Y ella dijo: Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite. Él le dijo: Ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego, y enciérrate tú y tus hijos; y echa en todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte. Y se fue la mujer, y cerró la puerta encerrándose ella y sus hijos; y ellos le traían las vasijas, y ella echaba del aceite. Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: Tráeme aún otras vasijas. Y él dijo: No hay más vasijas. Entonces cesó el aceite. Vino ella luego, y lo contó al varón de Dios, el cual dijo: Ve y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quede (2 Reyes 4:1 al 7).*

Notemos que el esposo de esta mujer era un siervo de Eliseo y un hombre temeroso de Dios. Sin embargo, al morir dejó a su mujer en la ruina financiera y a sus hijos embargados para la esclavitud. Esto nos permite ver que un hombre puede servir en la fe, caminar con un verdadero siervo de Dios, pasar tiempo con él, servir a Dios con temor y, aun así, estar financieramente quebrado.

Su mujer hizo lo que su marido no se atrevió a hacer: fue en busca de una Palabra y luego actuó en fe. La pregunta sería: ¿por qué motivo su marido no hizo eso? Es evidente que ese hombre tenía fe en Dios, pero esa fe nunca se vio reflejada en acciones capaces de glorificar a Dios. Es verdad que le servía, pero ¿cuál fue el testimonio de un hombre

endeudado que no solo no proveyó para su casa, sino que estaba arruinando el futuro de su descendencia?

Hoy en día tenemos mucha gente que sirve a Dios, pero vive con los mismos problemas que su vecino. Alaban a un Dios grande, pero no pueden resolver pequeños problemas. Hablan de los grandes milagros del Antiguo Testamento, pero no pueden vivir en la fe del Nuevo Pacto.

Hoy tenemos mucho más que todos esos héroes de la fe mencionados en **Hebreos 11**; sin embargo, esto no parece así en un gran porcentaje de cristianos. La fe invisible es la que se dice, pero no se ve; es la que se grita, pero no se manifiesta; es la que se canta, pero no se vive.

Este capítulo es una invitación a recuperar esa dimensión activa de la fe, a permitir que lo que creemos vuelva a tomar lugar en nuestras decisiones, en nuestras prioridades y en nuestra manera de vivir. Porque solo una fe que se vive plenamente tiene la capacidad de dejar una huella que trasciende.

Dios no está buscando creyentes que repitan promesas, sino hijos que las encarnen. No está buscando voces que hablen de poder, sino vidas que lo demuestren. Este es el llamado: dejar atrás la fe invisible, la fe que se excusa, la fe que se esconde detrás de la comodidad. Es tiempo de levantarse, de escuchar Su voz, de obedecer Su dirección y de caminar en la dimensión donde la fe deja huella.

## Capítulo cuatro

# **CREYENTES ESPECTADORES**

*“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era.”*

Santiago 1:22 al 24

El capítulo anterior, nos ha dejado claro que una de las transformaciones más sutiles y, al mismo tiempo, más influyentes en la vida espiritual contemporánea ha sido el paso de una fe vivida a una fe observada. Quisiera mostrarles ahora de qué manera muchos creyentes han dejado de asumirse como participantes activos del Reino para posicionarse, casi sin darse cuenta, en el lugar de espectadores.

Este cambio no siempre es evidente, porque no implica abandonar la fe ni desligarse de los espacios espirituales. Por el contrario, el creyente espectador suele estar presente,

informado e incluso interesado. Escucha, aprende, consume contenido, asiste a reuniones y se mantiene conectado con lo que ocurre en su entorno espiritual. Sin embargo, su participación no trasciende el ámbito de la observación.

La diferencia entre participar y observar no es superficial, sino profundamente estructural. El participante se involucra, responde, se expone al proceso, asume responsabilidad y permite que la verdad transforme su vida. El espectador, en cambio, mantiene una distancia segura. Recibe, pero no necesariamente responde. Se informa, pero no se compromete. Está presente, pero no se implica.

Esta dinámica ha encontrado un terreno fértil en la cultura actual, donde gran parte de la experiencia humana se desarrolla a través de la observación. La facilidad para acceder a contenido virtual, la posibilidad de escuchar sin involucrarse y la tendencia a evaluar desde afuera han configurado una manera de relacionarse con la realidad que también ha impactado la vida espiritual.

En este contexto, es posible exponerse constantemente a enseñanzas profundas sin que estas generen un cambio real. Se puede escuchar sobre transformación sin atravesar procesos. Se puede hablar de compromiso sin asumirlo. La información fluye, pero la implicación se detiene. Y así, la fe corre el riesgo de convertirse en una experiencia intelectual más que en una vivencia integral.

El creyente espectador desarrolla, con el tiempo, una capacidad crítica que no siempre está acompañada de una disposición a la transformación. Puede discernir, opinar e incluso evaluar lo que ocurre a su alrededor, pero sin someter su propia vida al mismo nivel de revisión. Observa procesos en otros, pero evita atravesar los propios. Identifica verdades, pero no siempre las encarna.

Este posicionamiento genera una ilusión de crecimiento, porque el conocimiento aumenta, la comprensión se amplía y el lenguaje se enriquece. Sin embargo, la vida no cambia en la misma proporción. Se sabe más, pero no necesariamente se vive mejor. Se entiende más, pero no se obedece con mayor profundidad. Y esta desconexión, sostenida en el tiempo, debilita la esencia misma de la fe.

Otro aspecto que caracteriza al creyente espectador es su relación con la responsabilidad. Al no asumirse como parte activa, tiende a delegar el peso de la vida espiritual en otros: líderes, pastores o personas más comprometidas. Observa cómo otros sirven, avanzan, se entregan, pero no se percibe a sí mismo como alguien llamado a hacer lo mismo. Y así, sin rechazar el llamado, simplemente no lo asume.

Esta forma de vivir la fe resulta cómoda, porque evita el costo del compromiso. No exige renuncia profunda, no confronta estructuras internas de manera constante y no expone a la persona a procesos que pueden resultar incómodos. Permite mantenerse dentro del entorno espiritual

sin atravesar las demandas que implica una vida verdaderamente rendida a Dios.

Sin embargo, el Reino de Dios no fue diseñado para ser observado, sino para ser vivido. No es un escenario donde algunos actúan mientras otros miran, sino una realidad en la que cada creyente ha sido llamado a participar activamente. La vida espiritual no se desarrolla desde la distancia, sino desde la implicación. Y sin esa implicación, la experiencia de fe queda inevitablemente limitada.

Es importante comprender que nadie se convierte en espectador de un día para otro. Es el resultado de pequeñas decisiones acumuladas: postergar respuestas, evitar compromisos, conformarse con escuchar en lugar de actuar. Con el tiempo, esa actitud se consolida, y la persona termina adoptando una posición que ya no cuestiona.

Pero la fe auténtica siempre invita a dar un paso más. No se conforma con la comprensión, sino que impulsa a la acción. No se detiene en la observación, sino que conduce a la participación. Porque la verdad, cuando es recibida correctamente, no solo informa, sino que transforma y moviliza.

Este capítulo es una invitación a revisar desde qué lugar estamos viviendo nuestra fe. No basta con estar expuestos, ni con entender, ni con valorar lo espiritual. La pregunta es si estamos dispuestos a involucrarnos, a asumir

el costo, a permitir que lo que recibimos se traduzca en decisiones concretas.

Porque en el Reino, la transformación no ocurre en las gradas, sino en el camino. Y solo aquellos que deciden dejar de observar para comenzar a participar, experimentan la profundidad de una vida que realmente responde a Dios de manera comprometida.

***“En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración.”***

Romanos 12:11 y 12

Cuando buscamos la etimología de la palabra compromiso, debemos retraernos a la misma historia de la humanidad, porque es ahí donde vemos que todo estado se formó y ha evolucionado pasando por los más crueles sistemas de sometimiento humano, para generar que algunos hagan, lo que otros dominantes deseaban.

Esta violencia se fue suavizando en la medida en que el dominador aceptó aflojar el rigor de su dominación, a cambio de que el dominado aceptase voluntariamente la propia dominación, en los límites que se determinaban, sin luchar contra ella. De este modo todo tipo de relaciones, desde la relación de pareja hasta la relación política, a medida que perdían en rigor impositivo, ganaban en “compromiso”.

La palabra “compromiso”, está formada por tres elementos: el prefijo “*com*”, el segundo prefijo “*pro*”, y el verbo “*missum*”. De aquí formaron los latinos el verbo “*promittere*” que significa “prometer”, y el verbo “*compromittere*” que significa “Comprometer”, que por supuesto, en la historia tuvo un significado bastante más riguroso que el actual.

“*Compromittere*” era prometerse mutuamente, en el que “*com*” es prefijo de compañía, no de intensidad. Es decir que, en latín, si el compromiso no es mutuo, no hay compromiso. Y es importante especificarlo, porque en el paso a nuestra lengua este aspecto quedó como opcional, y más bien raro. Al grado en que uno puede “comprometerse” ante otro, o con otros, a realizar determinada cosa, sin que ello implique un compromiso para los demás.

Los romanos inventaron este verbo, para referirse en especial al compromiso de aceptar, las dos partes en litigio y el arbitraje de un tercero. Como garantía de la firmeza del compromiso, depositaban una fianza.

Un “*compromissum*”, era un convenio, es decir un acuerdo de ambas partes. Pero debieron ser muchos los compromisos que no se cumplían, porque se estiró la palabra primero para referirse a “Compromisos unilaterales” en los cuales, uno sólo es el comprometido; incluso se le asignó, y está en pleno vigor, el valor de engorro, inconveniente, por ejemplo: “no me vayas a poner en un compromiso”, “esto es muy comprometedor”, “no querrás comprometerme...”

Queda en pie en toda su integridad semántica el compromiso matrimonial y los compromisos multilaterales de orden económico o político. Pero todo género de compromisos y de promesas han perdido fuerza y prevalecen los significados más limitados e incluso los negativos. Ahora ya ni se estila como antes “estar comprometidos”, ni celebrar o admitir compromisos.

No son buenos tiempos para los auténticos compromisos. Quizás no lo hayan sido casi nunca, y sea más bien un espejismo la idea de que tiempos hubo en que la palabra dada estaba por encima de todo. Pero la decadencia de los compromisos, la imposibilidad de ponernos de acuerdo, inevitablemente nos lleva a la pasividad, a ser simples espectadores ante una decadencia global que grita desesperadamente su necesidad a la Iglesia, que debe ser la luz del mundo.

En todos los órdenes de la vida, las promesas y los compromisos, juegan un papel decisivo, por eso es tan importante, observar cuidadosamente, de qué forma, el Señor nos promete grandes recompensas. Tal vez, como la mejor manera de decirnos, que espera de nosotros, grandes compromisos y no la pasividad de los espectadores.

Personalmente puedo decir que trabajar para el Señor, es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida y cada día, a partir de haber conocido al Señor, he tratado de comprometer mi vida, con Su obra y Su voluntad.

Aun así, reconozco que siempre he tenido temor, de no hacer las cosas como Él pretende. Me he sentido inseguro, incapaz, inadecuado o carente de algunas virtudes, pero he determinado no ser un simple espectador. Hoy en día hay muchos críticos de la Iglesia y la verdad es que me parece mejor trabajar sin criticar para producir los cambios necesarios que hagan una Iglesia más efectiva de lo que es.

Creo que la gracia recibida y las innumerables promesas de recompensa eterna, son suficientes para generar un gran compromiso en todos los hijos de Dios, porque estos días de la carne, son nuestra oportunidad.

***“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís”***

Colosenses 3:23 y 24



## Capítulo cinco

# **EL CONFORMISMO ESPIRITUAL**

*“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”*

Romanos 12:2

Una de las fuerzas más silenciosas y, al mismo tiempo, más determinantes en la vida espiritual es el conformismo. No irrumpe de manera abrupta ni se presenta como una decisión consciente de abandonar el crecimiento; por el contrario, se instala de forma progresiva, suavizando la tensión interna que impulsa a avanzar, hasta llevar al creyente a un estado donde deja de buscar sin necesariamente darse cuenta.

El conformismo espiritual no siempre se manifiesta como apatía evidente. En muchos casos, convive con una vida aparentemente ordenada, con prácticas sostenidas y con una participación regular en los espacios espirituales.

Sin embargo, lo que ha cambiado no es tanto lo que la persona hace, sino la intensidad con la que lo vive y la expectativa con la que se acerca a Dios. La búsqueda pierde profundidad, el anhelo se debilita y la vida espiritual se estabiliza en un nivel que, aunque funcional, está lejos de todo lo que podría ser.

Este estado suele comenzar cuando se sustituye el hambre por la satisfacción anticipada. La persona deja de percibirse como alguien en proceso, en necesidad constante de crecimiento, y comienza a asumirse como alguien que ya ha alcanzado un nivel suficiente. No se trata de una declaración explícita, sino de una actitud interna que reduce la disposición a seguir avanzando.

A partir de allí, la vida espiritual entra en una zona de comodidad donde ya no hay una presión interna por profundizar, por entender más, por rendirse más plenamente. Lo que antes era una búsqueda activa se transforma en una práctica estable, donde el objetivo ya no es crecer, sino mantenerse. Y aunque la estabilidad puede parecer un valor positivo, en este contexto se convierte en una forma de estancamiento.

El conformismo tiene la capacidad de redefinir lo que consideramos normal. Aquello que en otro momento habría sido motivo de inquietud comienza a percibirse como aceptable. La falta de avance deja de ser una señal de alerta y pasa a ser parte del paisaje habitual. Y así, sin una

referencia clara que confronte esta condición, la persona se adapta a una versión reducida de la vida espiritual.

Uno de los aspectos más delicados de este proceso es que no genera conflicto interno. Al no haber una ruptura evidente ni una caída visible, el conformismo se sostiene sin resistencia. La persona no siente que ha retrocedido, simplemente deja de avanzar. Y en el ámbito espiritual, no avanzar nunca es neutral; siempre implica, de alguna manera, perder sensibilidad, perder profundidad y perder dirección.

Este estado también afecta la manera en que se responde a la verdad. Cuando el corazón está conformado, la verdad deja de provocar transformación. Puede ser escuchada, entendida e incluso valorada, pero no produce el mismo impacto que antes. La capacidad de asombro se reduce, la disposición al cambio se debilita y la respuesta se vuelve cada vez más superficial.

Con el tiempo, el conformismo construye una especie de equilibrio artificial donde la persona logra sostener su vida espiritual sin grandes tensiones, pero también sin verdadero crecimiento. No hay crisis, pero tampoco hay avance. No hay ruptura, pero tampoco hay desarrollo. Y en ese punto, la vida espiritual pierde su dinamismo, convirtiéndose en una experiencia predecible y controlada.

Es importante comprender que este no es el diseño de Dios. La vida espiritual fue concebida como un proceso continuo de transformación, donde siempre hay más por

conocer, más por experimentar y más por rendir. No existe un punto en el que el crecimiento deje de ser necesario, porque la profundidad de Dios no tiene límite y la vida en Él siempre invita a avanzar.

Por eso, el conformismo no es simplemente una etapa, sino una desviación. Es una forma de detener el proceso sin asumirlo como tal. Y aunque puede parecer inofensivo en sus primeras manifestaciones, con el tiempo termina debilitando la esencia misma de la relación con Dios.

Salir de este estado no requiere necesariamente un cambio externo inmediato, sino una reactivación interna. Volver a reconocer la necesidad, recuperar el hambre, permitir que la verdad vuelva a incomodar en el mejor sentido, son pasos fundamentales para romper con la inercia que el conformismo genera.

Este capítulo es una invitación a revisar no solo lo que estamos haciendo, sino desde qué lugar lo estamos viviendo. Porque no se trata de mantener una vida espiritual funcional, sino de permanecer en un proceso vivo, dinámico y en constante crecimiento.

La pregunta, entonces, no es si estamos dentro, sino si seguimos avanzando. Y esa respuesta define mucho más de lo que a simple vista parece. Hay demasiados cristianos detenidos en un conformismo verdaderamente angustiante, al menos para quienes debemos liderar. No hay nada peor que contemplar la necesidad de avanzar ante todas las riquezas

que Cristo propone y, al mismo tiempo, ver cómo muchos hermanos se detienen sin deseo de ir por más.

El problema no radica solo en la recompensa que se pierden quienes permanecen pasivos, sino también en la invisibilidad de una iglesia compuesta por personas así. En los primeros siglos del cristianismo, los creyentes se hicieron dignos de llamarse cristianos; hoy, en cambio, ese glorioso título ha quedado reducido a una simple forma de nombrar a quienes dicen creer en Dios.

Obviamente, mis hermanos, no pretendo poner a todos en la misma bolsa; jamás pienso en esa dimensión. Lo que afirmo es que hay un gran porcentaje de personas que se conforman con ser ministradas en la reunión del domingo y no comprenden la imperiosa necesidad de manifestar a Cristo en todo tiempo y lugar.

Muchos asisten a las reuniones como si le estuvieran haciendo un favor a Dios. Van para demandar, para recibir, para sentirse mejor, pero no consideran que el Nuevo Pacto no establece fronteras entre Dios y los hombres. Lo otorga todo en Cristo, así como lo demanda todo. Es decir, no hay lugar para quienes se conforman con poco.

Esto puede parecer traumático para algunos, pero yo lo considero extraordinario. Por el contrario, no comprendo por qué motivo algunos hermanos prefieren la invisibilidad antes que el protagonismo que Dios propone. No entiendo por qué

se excusan tanto para servir al Dios que dicen amar, cuando para mí es el mayor de los privilegios.

Amados, les pido perdón si creen que estoy juzgando comportamientos ajenos; les aseguro que no es mi intención. Yo no soy parámetro de nada, ni puedo considerar que mi sentir no sea fruto de la gracia soberana. No soy digno de mi posición si a méritos me remito, pero no puedo dejar de expresar que estamos en tiempos determinantes y la Iglesia necesita despertar.

Si este fuera mi primer libro, avanzaría con pies de seda para no ofender a nadie. Pero llevo más de doscientos libros, y muchos de ellos contienen un llamado a romper el conformismo, la pasividad, la tibieza, la indolencia y la somnolencia espiritual. No veo que muchas cosas cambien, y cada vez es más escaso el tiempo que me queda. Por eso les pido perdón, pero también les ruego que puedan tolerar mi impaciencia.

***“Por favor, sopórtense, aunque parezca estar un poco loco. Dios ha hecho que yo me preocupe por ustedes. Lo que quiero es que ustedes sean siempre fieles a Cristo, es decir, que sean como una novia ya comprometida para casarse, que le es fiel a su novio y se mantiene pura para él.”***

2 Corintios 11:1 y 2 TLA



## Capítulo seis

# EL TEMOR A INVOLUCRARSE

*“En efecto, nosotros somos colaboradores al servicio de Dios; y ustedes son el campo de cultivo de Dios, son el edificio de Dios.”*

1 Corintios 3:9 (NVI)

No todas las formas de pasividad en la vida espiritual tienen su origen en la falta de interés o en el conformismo. En muchos casos, detrás de una aparente distancia o de una participación limitada, existe una realidad más profunda y menos visible: “el temor”.

No un temor evidente que paraliza de manera absoluta, sino uno más sutil, que condiciona las decisiones, limita la entrega y mantiene al creyente en un nivel de involucramiento controlado.

Este temor no siempre es reconocido como tal. Puede manifestarse bajo argumentos razonables, prudencia excesiva o incluso una aparente humildad. Sin embargo, en su esencia, actúa como una barrera que impide avanzar hacia

una vida espiritual más plena. No niega la fe, pero restringe su expresión. No rechaza el llamado, pero evita responder a él con totalidad.

Una de las formas más comunes en que este temor se expresa es en la resistencia a asumir compromiso. Involucrarse implica exponerse, salir de la zona conocida, aceptar responsabilidades que no siempre son cómodas y permitir que la vida sea procesada en ámbitos donde ya no es posible mantener el control absoluto. Para muchos, esta exposición representa un riesgo que prefieren evitar.

El temor también se alimenta de la posibilidad de fallar. La idea de no estar a la altura, de no cumplir con las expectativas o de cometer errores visibles genera una tendencia a permanecer en espacios donde la exigencia es menor. De esta manera, se construye una vida espiritual donde el margen de riesgo es reducido, pero también lo es la posibilidad de crecimiento.

A esto se suma el temor a la confrontación interna. Involucrarse verdaderamente en la vida espiritual no solo implica hacer, sino también ser transformado. Significa permitir que Dios trate áreas profundas, que confronte motivaciones, que exponga aquello que necesita ser alineado. Y no todos están dispuestos a atravesar ese proceso, porque requiere honestidad, rendición y una disposición real al cambio.

En algunos casos, el temor se vincula con experiencias pasadas. Heridas, frustraciones o procesos mal gestionados pueden generar una resistencia a volver a involucrarse con la misma profundidad. La persona no ha perdido la fe, pero ha levantado barreras que le permiten mantenerse a una distancia segura, evitando repetir situaciones que resultaron dolorosas.

Este conjunto de factores construye una dinámica donde el creyente permanece en un punto intermedio. No se aleja completamente, pero tampoco se entrega plenamente. Participa, pero sin implicarse del todo. Responde en ciertos niveles, pero evita aquellos que requieren mayor compromiso. Y así, sin rechazar abiertamente el llamado de Dios, limita su alcance en la propia vida.

El problema de este tipo de temor es que no siempre se percibe como una limitación. Puede convivir con una vida aparentemente estable, donde no hay conflictos evidentes ni tensiones externas. Sin embargo, en lo profundo, está condicionando el desarrollo espiritual, impidiendo que la persona experimente todo aquello para lo que ha sido llamada.

La fe, por naturaleza, siempre invita a avanzar más allá de lo seguro. No porque promueva la imprudencia, sino porque implica confianza. Y la confianza, cuando es real, se traduce en decisiones que muchas veces superan la comodidad y desafían los propios límites. Donde el temor

gobierna, la fe se reduce; donde la fe se activa, el temor pierde su dominio.

Es importante entender que el temor no desaparece simplemente al ser identificado. Superarlo requiere una decisión consciente de no permitir que siga definiendo el nivel de respuesta. No se trata de negar su existencia, sino de elegir avanzar a pesar de él, confiando en que Dios no solo llama, sino que también sostiene a aquellos que responden.

Este proceso no siempre es inmediato ni lineal. Implica pequeños pasos de obediencia, decisiones concretas que van ampliando el nivel de involucramiento y generando una nueva dinámica espiritual. A medida que la persona se expone, responde y avanza, el temor comienza a perder fuerza, no porque desaparezca por completo, sino porque deja de ser el factor determinante.

Este capítulo es una invitación a identificar aquellas áreas donde el temor ha establecido límites invisibles. No para generar presión, sino para abrir la posibilidad de una vida más plena. Porque muchas veces, aquello que se evita por temor es precisamente el espacio donde Dios quiere manifestarse con mayor claridad.

La pregunta, entonces, no es si el temor está presente, sino si estamos dispuestos a permitir que siga definiendo hasta dónde llegamos. Porque del otro lado de ese límite, no solo hay desafío, sino también crecimiento, madurez y una experiencia más profunda de la vida en Dios.

Si los hermanos eludieran el temor y se comprometieran hasta los tuétanos, descubrirían la plenitud que implica vivir en Cristo. El problema no es la falta de amor; yo jamás cuestionaría tal cosa. Por el contrario, creo que el temor es generado por una mala enseñanza que proviene de una porción del liderazgo.

La esencia del llamado al compromiso o a la entrega radical no debería estar vinculada únicamente al servicio en la congregación. Lamentablemente, eso es lo que muchos enseñan. Por esa causa, muchos creyentes creen que servir a Dios o estar consagrados es predicar, coordinar servicios, cantar, ser músicos o realizar trabajos de limpieza en el salón de reunión. Amados, servir a Dios es, primeramente, dar testimonio de Su gracia: en vida, en frutos, en bondad, en bendición, en ser Sus embajadores en todo tiempo y lugar.

Todos los que ejercemos un don ministerial o realizamos un servicio en la congregación solo estamos contribuyendo a la preparación de los santos para la obra del ministerio, que es la edificación del cuerpo de Cristo, no la construcción de un gran ministerio popular. Esa edificación es por vida y debe expandirse como luz sobre una sociedad que opera en oscuridad.

No deberíamos medir la espiritualidad de los santos únicamente por su participación en los eventos congregacionales. Estos son necesarios, pero el objetivo no está en la casa, sino en la expansión del Reino. Cuando los cristianos comprendan que el propósito eterno en Cristo está

vinculado con la vida, y no solo con el servicio congregacional, como algunos plantean, perderán el temor al compromiso fiel.

Cuando los cristianos de hoy comprendan que la unción que portan es para impactar el sistema en todo tiempo y lugar, dejarán de pensar que no tienen la habilidad para ocupar una plataforma de servicio y se gozarán en potenciar sus capacidades personales en función de la vida, la familia, el estudio, el trabajo y la sociedad, que es donde verdaderamente debemos brillar.

La mayoría lleva su vida al límite del esfuerzo, conforme al ritmo de la sociedad actual. Están cargados de compromisos y temen asumir otros compromisos adicionales en la congregación, pero no debería ser así. El compromiso está en sumergirse en las profundidades de Cristo, para que el Espíritu Santo pueda dirigirlos con claridad y equiparlos para manifestar la gracia del Señor en sus vidas.

Esto no se alcanza con un culto de domingo. Cuando los hermanos reducen su compromiso y su estado espiritual a su participación en el culto, están fuera de propósito y, lamentablemente, muchos quedan relegados a ese lugar mediocre. Las reuniones, el discipulado y las actividades congregacionales deben ser para edificarlos, prepararlos, equiparlos y enviarlos a ser luz y sal en medio de una sociedad extraviada de la verdad.

Cuando los cristianos no comprenden esto, se vuelven intrascendentes en la congregación e invisibles en la sociedad. Esto debería confrontar a todo el liderazgo espiritual a cambiar la enseñanza, dejando de utilizar a los creyentes para el crecimiento de sus ministerios como objetivo principal. Ese crecimiento no es malo y es lógico que ocurra, pero no es el objetivo. De hecho, es al revés: los ministerios y las congregaciones existen para edificar a los santos para su expresión en el mundo. Ahí es donde la iglesia debe recuperar su visibilidad.

***“Ustedes son la sal de este mundo. Pero si la sal deja de estar salada, ¿cómo podrá recobrar su sabor? Ya no sirve para nada, así que se la tira a la calle y la gente la pisotea. Ustedes son la luz de este mundo. Una ciudad en lo alto de un cerro no puede esconderse. Ni se enciende una lámpara para ponerla bajo un cajón; antes bien, se la pone en alto para que alumbre a todos los que están en la casa. Del mismo modo, procuren ustedes que su luz brille delante de la gente...”***

Mateo 5:13 al 16



## Capítulo siete

### **CRISIS DE IDENTIDAD**

*“Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.”*

Gálatas 3:27 al 29

En el fondo de muchas de las distorsiones que afectan la vida espiritual no se encuentra únicamente un problema de conducta, de compromiso o de disciplina, sino una cuestión más esencial: la identidad. Lo que una persona entiende acerca de quién es delante de Dios define, en gran medida, la manera en que vive, responde y se posiciona en su caminar espiritual.

Cuando la identidad no está clara, todo lo demás se vuelve inestable. Las decisiones carecen de dirección firme, el compromiso se debilita y la relación con Dios se vuelve fluctuante. No porque falte información, sino porque falta

una comprensión profunda y arraigada de lo que significa pertenecer a Él.

La crisis de identidad no siempre se manifiesta como confusión abierta. En muchos casos, la persona puede afirmar verdades correctas acerca de sí misma, repetir conceptos aprendidos e incluso enseñar a otros. Sin embargo, en la práctica, su vida no refleja la seguridad, la autoridad ni la coherencia que esas verdades deberían producir. Existe una distancia entre lo que se declara y lo que se vive.

Esta desconexión genera una forma de inestabilidad que afecta todas las áreas de la vida espiritual. Cuando alguien no tiene claridad sobre su identidad, tiende a definirse a partir de circunstancias, emociones o comparaciones. Su percepción de sí mismo cambia según lo que experimenta, lo que siente o lo que otros opinan, en lugar de estar anclada en una verdad firme y permanente.

Como resultado, la vida espiritual se vuelve reactiva en lugar de intencional. Las decisiones no surgen desde una convicción interna sólida, sino desde la necesidad de responder a lo inmediato. La persona puede avanzar en ciertos momentos, pero retroceder en otros, no porque haya cambiado la verdad, sino porque su identidad no está suficientemente establecida como para sostenerla.

Además, la falta de identidad afecta la manera en que se asume el llamado. Cuando alguien no sabe quién es, difícilmente podrá comprender con claridad para qué ha sido

llamado. La inseguridad interna limita la disposición a avanzar, reduce la confianza para asumir responsabilidades y genera una tendencia a permanecer en espacios donde no es necesario definirse con claridad.

Esto se traduce en una vida espiritual donde el potencial permanece latente, pero no se activa. No porque Dios no haya depositado propósito, sino porque la persona no logra posicionarse en él. La identidad, en este sentido, no es un concepto teórico, sino una base operativa desde la cual se vive y se responde.

Otro aspecto importante de esta crisis es su impacto en la relación con Dios. Cuando la identidad no está afirmada, la comunión puede verse afectada por percepciones incorrectas. La persona puede acercarse desde la inseguridad, desde la distancia o desde una sensación de insuficiencia constante, en lugar de hacerlo desde la confianza que debería caracterizar a alguien que ha sido plenamente impartido por la gracia de Dios.

Esto no significa que no haya búsqueda, sino que esa búsqueda está marcada por una falta de claridad que limita su profundidad. Se ora, se busca, se participa, pero sin una conciencia plena de la posición espiritual que se tiene. Y esa falta de conciencia condiciona la manera en que se vive cada una de esas prácticas.

La identidad también está directamente relacionada con la autoridad espiritual. No en un sentido externo o

jerárquico, sino en la capacidad de vivir con convicción, de tomar decisiones alineadas con la verdad y de sostener una vida coherente. Cuando la identidad es débil, la autoridad también lo es, porque no hay una base firme desde la cual ejercerla.

Es importante entender que la identidad no se construye a partir de la experiencia, sino que se recibe como una realidad que debe ser comprendida y afirmada. Sin embargo, esa comprensión no siempre es automática. Requiere tiempo, exposición a la verdad y, sobre todo, una disposición a dejar de definirse por criterios incorrectos.

Salir de una crisis de identidad implica un proceso de alineación interna, donde la persona comienza a reemplazar percepciones equivocadas por la verdad. No se trata simplemente de aprender conceptos nuevos, sino de permitir que esos conceptos descendan al corazón y se conviertan en una convicción que transforme la manera de vivir.

Este proceso no es superficial ni inmediato. Involucra confrontar pensamientos arraigados, renunciar a definiciones construidas a lo largo del tiempo y aceptar una identidad que no depende de méritos personales, sino de lo que Dios ha establecido. Y en ese camino, la persona comienza a experimentar una nueva estabilidad, una nueva seguridad y una nueva dirección.

Este capítulo es una invitación a revisar no solo lo que creemos acerca de Dios, sino lo que creemos acerca de

nosotros mismos en relación con Él. Porque muchas veces, la limitación no está en lo que Dios ha dispuesto, sino en la manera en que nos percibimos frente a esa realidad.

Cuando la identidad se afirma correctamente, la vida comienza a alinearse de manera natural. Las decisiones adquieren coherencia, el compromiso se fortalece y la fe encuentra un terreno firme donde desarrollarse. Y desde allí, dejamos de vivir desde la incertidumbre para comenzar a caminar con claridad.

Porque saber quién se es no es un detalle secundario en la vida espiritual; es una de sus bases más determinantes del Reino. Cuando un hijo de Dios no vive desde lo que es, sino que pretende ser a través de sus obras, siempre se sentirá, falto ante Dios e inseguro ante los hombres.

Alguien dijo que hay de todo en la viña del Señor, algunos son algo orgullosos y suelen creer de sí más de lo que deben, mientras que otros se sienten menos por la culpa que cargan. Al final, de una u otra forma, terminan subestimando lo maravilloso de nuestra identidad en el Señor. Dios quiso dejarnos saber en Su Palabra quiénes somos en Él. Esa es nuestra verdadera identidad, independientemente de lo que a veces creamos o sintamos.

Dios es quien nos define: porque Él nos eligió somos escogidos, porque nos ama somos amados, porque nos engendró somos Sus hijos, porque nos adquirió somos Suyos, porque pagó por nuestros pecados somos perdonados. Esto

no es algo que podamos negar, ni algo que podamos atribuirlo a nuestros méritos, porque solo es gracia divina.

No podemos cambiar lo que somos en Él, pues nos ha dado un nuevo ADN espiritual. Incluso nuestra fe débil no puede afectar nuestra identidad. Sin embargo, para tener una vida plena en Él, necesitamos abrazar con humildad lo que Él ha dicho que somos, y así ver nuestra vida y cada circunstancia a través de nuestra nueva identidad.

En medio de la vergüenza, y cuando sentimos que no pertenecemos a ningún grupo, necesitamos recordar que somos Su posesión. Cuando la culpa se asoma y los pensamientos de condenación nos llegan, debemos recordar que no hay condenación para los escogidos de Dios. Cuando el sufrimiento llega a nuestras vidas, debemos recordar que quien gobierna sobre todo es quien nos ama de verdad.

En momentos en los que sentimos que no somos nadie y no tenemos valor, nuestra nueva identidad debe recordarnos que Dios nos ha hecho Sus hijos. Cuando el pecado nos envuelve y sentimos que no tenemos salida, debemos recordar que en Cristo tenemos perdón. Y cuando las cosas nos salgan bien, nos sintamos reconocidos, bendecidos y fuertes, también debemos recordar que todo es por Su sublime gracia.

¡Gloriosa identidad la que tenemos en Cristo! Que Dios nos ayude a apropiarnos de lo que ya somos en Él, del ADN espiritual que nos concedió, porque si no logramos ver

lo que somos, los demás tampoco nos verán y solo terminaremos siendo creyentes invisibles.

***“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”***

1 Pedro 2:9 y 10



## Capítulo ocho

# **DESCONEXIÓN CON LA PRESENCIA DE DIOS**

*“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”*

Juan 15:5

En el centro de toda vida espiritual auténtica no se encuentran las prácticas, ni las estructuras, ni siquiera las expresiones visibles de fe, sino la relación viva con Dios. Es en ese vínculo donde todo cobra sentido, donde la fe se sostiene y donde la transformación encuentra su fuente. Por eso, cuando esa conexión se debilita, todo lo demás comienza, tarde o temprano, a perder su consistencia.

La desconexión con la presencia de Dios no suele producirse de manera abrupta. No es, en la mayoría de los casos, el resultado de una decisión consciente de alejarse, sino el efecto acumulativo de pequeñas distancias que no fueron atendidas a tiempo. Es un proceso gradual, casi imperceptible, donde la relación se enfría sin romperse, y la comunión se debilita sin desaparecer por completo.

En este estado, la persona puede continuar con su vida espiritual de forma aparentemente normal. Las prácticas permanecen, las rutinas se sostienen y la participación externa no necesariamente se ve afectada. Sin embargo, algo esencial ha cambiado: la vida interior ha perdido profundidad. Ya no hay la misma sensibilidad, la misma conciencia de Dios, la misma respuesta espontánea a Su presencia.

Uno de los aspectos más delicados de esta desconexión es que puede ser fácilmente reemplazada por actividad. Cuando la relación se debilita, es común que se intente compensar con más acción, más participación o más involucramiento externo. Pero ninguna actividad, por significativa que parezca, puede sustituir la vida que fluye de una comunión real.

De esta manera, se construye una dinámica donde se hace mucho, pero se experimenta poco. Se sostiene una estructura espiritual que funciona hacia afuera, pero que no está siendo alimentada desde adentro. Y con el tiempo, esa desconexión comienza a reflejarse en la falta de dirección, en la pérdida de discernimiento y en una menor capacidad de responder a lo que Dios quiere hacer.

La presencia de Dios no es un concepto abstracto ni una experiencia ocasional; es el espacio donde la vida espiritual se renueva constantemente. Es allí donde el creyente encuentra claridad, recibe dirección y es transformado en lo profundo. Cuando esa referencia se pierde

o se debilita, la vida comienza a sostenerse más en el esfuerzo que en la dependencia, más en la rutina que en la relación.

Otro efecto de esta desconexión es la pérdida de sensibilidad espiritual. Aquello que antes era percibido con claridad comienza a volverse difuso. La voz de Dios no desaparece, pero deja de ser reconocida con la misma facilidad. La convicción se debilita, la respuesta se vuelve más lenta y la vida espiritual pierde su dinamismo.

Esto no ocurre porque Dios se haya alejado, sino porque la atención del creyente se ha desplazado. La conexión con la presencia requiere intención, disposición y un corazón que permanece abierto. Cuando otras prioridades ocupan ese lugar, la relación no se rompe, pero sí se ve afectada en su profundidad y en su expresión.

Es importante entender que la desconexión no siempre genera incomodidad inmediata. En muchos casos, la persona aprende a funcionar en ese estado, adaptándose a una vida espiritual menos intensa, menos profunda, pero aparentemente suficiente. Y allí radica uno de los mayores riesgos: acostumbrarse a vivir sin la plenitud de la presencia.

Sin embargo, la vida espiritual no fue diseñada para sostenerse desde la distancia. No se trata de mantener una relación ocasional o intermitente, sino de vivir en una comunión constante que influya en cada área de la vida. La presencia de Dios no es un complemento, es el centro.

Volver a esa conexión no implica necesariamente cambios externos drásticos, sino una reorientación interna. Es un llamado a detenerse, a reconocer la distancia, a priorizar nuevamente lo esencial. No se trata de hacer más, sino de volver al lugar donde todo comienza.

Este proceso requiere honestidad, porque implica admitir que algo se ha debilitado. Requiere disposición, porque implica dejar de lado aquello que ha ocupado el lugar de la comunión. Y requiere decisión, porque implica priorizar a Dios por encima de cualquier otra cosa.

La buena noticia es que la presencia de Dios no se pierde como algo inaccesible. No es una puerta cerrada ni una oportunidad que ya no existe. Está disponible, cercana, esperando ser buscada con sinceridad. Y cuando esa búsqueda se retoma, la vida comienza a renovarse desde su fuente más profunda.

Este capítulo es una invitación a volver a ese lugar central, a recuperar la comunión que sostiene todo lo demás. Porque sin la presencia, la vida espiritual se convierte en esfuerzo; pero con ella, todo encuentra sentido, dirección y vida. Y es desde esa conexión restaurada que el creyente deja de ser invisible, no por lo que hace, sino por la vida que comienza a fluir desde su interior.

No se trata de las cosas que hacemos para Dios, se trata de lo que Él haga a través de nosotros, cuando Su vida no nos atraviesa, nada tiene sentido. Podemos ser gente de buena

voluntad, incluso podemos comunicar el evangelio, pero no podemos impartir vida.

Pedro pudo ver a Cristo cuando se le reveló la unción que operaba en Jesús. Es cierto que fue necesaria una revelación, pero sin unción no hay nada que revelar. El mundo necesita ver para creer y nosotros hemos exaltado el versículo que dice: “*bienaventurados los que no vieron, y creyeron*” (**Juan 20:29**). Sin embargo, no lo hemos entendido.

Que algunos reciban la gracia de creer sin ver nada, no implica que Dios no desee mostrarse. Si no fuera así, Jesús nunca se habría manifestado en carne como la imagen del Dios invisible (**Colosenses 1:15**). Tampoco habría determinado levantar embajadores en el mundo (**2 Corintios 5:20**). Un cuerpo es para manifestar vida y para ser visto, incluso cuando ese cuerpo es espiritual.

La Iglesia es el cuerpo de Cristo (**1 Corintios 12:12**), porque Él ha determinado manifestarse a través de Su Iglesia, que es la expresión de Su vida. No veo en ese diseño, el deseo de ocultarse, sino de manifestarse visiblemente. Siempre lo ha hecho a través de Su creación (**Romanos 1:20**), y hoy lo está haciendo a través de Su Iglesia. Que no lo entendamos así es algo muy diferente.

Ser invisibles no es el plan divino, por eso Jesús pidió que nos comportáramos como un pueblo unido, de manera tal que el mundo pueda creer (**Juan 17:21**). Si no fuera

importante que el mundo nos viera, Él nunca hubiese pedido la unidad.

La falta de conexión o comunión con Dios, nos vuelve invisibles, porque apartados de Su unción, nada podemos hacer y nada tenemos para dar. Por eso es tan trascendente que enfoquemos claramente nuestras prioridades.

***“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”***

Mateo 6:33



## Capítulo nueve

# **ESTERILIDAD ESPIRITUAL**

*“...añadid a vuestra fe virtud... porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.”*

2 Pedro 1:5 y 8

Toda vida que está conectada a una fuente genuina produce fruto de manera natural. No como algo forzado, ni como una exigencia externa, sino como la consecuencia lógica de una conexión saludable. En el ámbito espiritual, este principio no es diferente. Cuando la comunión con Dios es viva, profunda y constante, inevitablemente se traduce en una vida que refleja esa realidad.

Sin embargo, cuando esa conexión se debilita o se ve interrumpida, uno de los primeros efectos que comienzan a manifestarse es la esterilidad. No necesariamente una ausencia total de actividad, sino una falta de fruto real, de transformación sostenida y de impacto que trascienda lo superficial.

La esterilidad espiritual no siempre se percibe de inmediato, porque puede coexistir con una vida aparentemente activa. La persona continúa haciendo, participando, incluso sirviendo, pero sin que esas acciones produzcan resultados profundos. Hay movimiento, pero no hay desarrollo. Hay estructura, pero no hay vida que la sostenga.

Este estado revela una desconexión entre lo que se realiza y lo que se genera. La vida espiritual pierde su capacidad de multiplicar, de influir, de transformar. Y aunque externamente todo puede parecer en orden, en lo interno se ha detenido un proceso que debería ser continuo.

Uno de los aspectos más delicados de la esterilidad es su progresión silenciosa. No irrumpe de manera abrupta, sino que se instala gradualmente, a medida que la vida interior pierde profundidad. Al principio, puede pasar desapercibida, pero con el tiempo comienza a evidenciarse en la falta de crecimiento, en la repetición de ciclos y en la ausencia de cambios reales.

La esterilidad también afecta la manera en que se percibe el propósito. Cuando una vida no produce fruto, comienza a perder claridad en su dirección. La persona puede seguir avanzando en lo externo, pero sin una sensación real de cumplimiento o de plenitud. Hay actividad, pero no hay sentido profundo. Y esa desconexión genera, tarde o temprano, una sensación de vacío que no siempre se logra identificar con precisión.

Otro efecto de esta condición es la pérdida de expectativa. Cuando el fruto no se manifiesta, la fe puede comenzar a reducir su alcance. Se deja de esperar más, se ajustan las expectativas a la experiencia presente y se normaliza un nivel de vida que, en realidad, está por debajo del diseño original.

En este punto, la vida espiritual corre el riesgo de convertirse en un sistema cerrado, donde ya no se proyecta hacia adelante, sino que simplemente se sostiene en lo que ya es. No hay una visión clara de crecimiento, ni un impulso interno que lleve a avanzar. Todo se mantiene dentro de un margen controlado, pero sin expansión.

Es importante entender que la esterilidad no es solo la ausencia de resultados visibles, sino la falta de una vida que se reproduce y se multiplica. El fruto no se limita a lo externo, sino que incluye la transformación del carácter, la madurez en las decisiones y la capacidad de influir en otros de manera genuina.

Cuando estos elementos no están presentes, la vida espiritual pierde una de sus dimensiones más esenciales. No se trata únicamente de vivir para uno mismo, sino de ser un canal a través del cual la vida de Dios fluye hacia otros. Y cuando ese flujo se interrumpe, la experiencia espiritual se vuelve limitada y autorreferencial.

Sin embargo, la esterilidad no es un estado definitivo. No define el final de la historia, sino que señala la necesidad

de revisar la conexión con la fuente. Porque el fruto no se produce por esfuerzo humano, sino como resultado de una relación viva y sostenida con Dios.

Volver a una vida fructífera no implica hacer más, sino reconectar con aquello que da vida. Implica revisar la raíz, no solo las ramas; la fuente, no solo el resultado. Cuando esa conexión es restaurada, el fruto comienza a manifestarse nuevamente, no como una obligación, sino como una consecuencia natural.

Este capítulo es una invitación a mirar más allá de la actividad y a evaluar la presencia de fruto real. No desde la comparación ni desde la exigencia externa, sino desde la verdad de lo que Dios ha diseñado. Porque una vida conectada a Él no puede permanecer estéril indefinidamente.

Y cuando el fruto comienza a aparecer, no solo transforma a quien lo produce, sino que también impacta todo lo que está a su alrededor, evidenciando que la vida de Dios sigue siendo activa, poderosa y transformadora. Por el contrario, cuando esto no ocurre, las personas, nuestro entorno y la sociedad en general no logran ver ni alimentarse de esos frutos, porque la fuente se vuelve invisible.

***“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.”***

Lucas 7:16 y 17

Este pasaje, tan conocido por los cristianos, suele limitarse a una sola intención: “la vista”. Para el propósito de este libro, eso es suficiente, pero no puedo dejar de mencionar que los frutos, en su esencia, existen para alimentar. Si un árbol tuviera frutos hermosos que solo pueden observarse, pero no sirven para nutrir, no sería muypreciado.

Jesús nos entregó su ejemplo de vida y dejó claro que Él no vino solo para ser visto, sino para alimentar: como el pan del cual se podía comer o el agua de la cual se podía beber. De hecho, afirmó que quien comiera de Él no tendría hambre jamás, y quien bebiera de Él no tendría sed jamás. Esto debería convertirse en un objetivo para nosotros, porque al final, ahora somos su cuerpo en la tierra.

Pablo menciona el fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (**Gálatas 5:22 y 23**). Esto no debería solo permitir que la gente nos identifique, sino también que pueda alimentarse, porque al final, no son nuestros frutos, sino el fruto del Espíritu.

En tal caso, si sufrimos la falta de fructificación no solo nos volvemos invisibles, porque no tenemos nada que mostrar, sino que también seremos incapaces de ofrecer a las personas la posibilidad de ser alimentadas por la vida que es Cristo. Por eso, es necesario que nuestro compromiso sea profundo y verdadero. Ese es nuestro gran desafío.

## Capítulo diez

# LA PÉRDIDA DE PROPÓSITO

*“El hombre hace muchos planes,  
pero sólo se realiza el propósito divino.”*

Proverbios 19:21 DHH

Una de las consecuencias más profundas y, al mismo tiempo, más difíciles de identificar en la vida espiritual es la pérdida de propósito. No porque el propósito deje de existir, sino porque deja de ser percibido, entendido y vivido con claridad. La persona continúa avanzando en sus planes, tomando decisiones, desarrollando su vida, pero sin una dirección interna que le dé sentido a lo que hace.

El propósito no es simplemente una idea o un concepto inspirador; es la comprensión de que la vida tiene una asignación, una intención y una dirección que trascienden lo inmediato. Cuando esa comprensión está presente, cada decisión adquiere peso, cada paso se orienta hacia un fin y la vida deja de ser una sucesión de eventos para convertirse en un camino con significado.

Sin embargo, cuando la vida espiritual se debilita, una de las primeras áreas que se ve afectada es precisamente esa claridad. La persona puede seguir funcionando con normalidad, cumpliendo responsabilidades, participando en actividades, incluso avanzando en lo externo, pero sin una conciencia profunda de hacia dónde se dirige realmente.

Esta pérdida no suele ser abrupta. Se instala de manera progresiva, a medida que la conexión con la fuente se debilita y la vida comienza a sostenerse más en la inercia que en la intención. Las decisiones dejan de responder a un llamado claro y pasan a estar determinadas por lo inmediato, por lo urgente o por lo conveniente.

En este estado, la vida se vuelve reactiva. Se responde a lo que aparece, se resuelven situaciones, se avanza en función de las circunstancias, pero sin una dirección interna que ordene el camino. Y aunque externamente puede haber avance, internamente se pierde la sensación de estar caminando hacia algo significativo.

Uno de los efectos más sutiles de esta condición es la fragmentación. Sin propósito claro, la vida se divide en áreas que no necesariamente están conectadas entre sí. Lo espiritual queda separado de lo cotidiano, las decisiones no responden a una visión integral y la persona puede experimentar una sensación de dispersión que no siempre logra explicar.

A esto se suma la pérdida de sentido en lo que se hace. Cuando el propósito no está claro, incluso aquello que antes tenía valor comienza a percibirse como rutinario o carente de significado. Las acciones se mantienen, pero la motivación se debilita. Se cumple, pero no se disfruta. Se avanza, pero no se experimenta plenitud.

Este vacío no siempre se reconoce de inmediato, porque puede ser compensado con actividad, con logros o con reconocimiento externo. Sin embargo, tarde o temprano, la ausencia de propósito se hace evidente en una sensación interna de desconexión, donde la vida pierde coherencia y profundidad.

Es importante entender que el propósito no se pierde como algo que desaparece, sino como algo que deja de ser visto. Dios no retira Su intención, ni cambia Su diseño; es la persona la que pierde la capacidad de percibirlo con claridad. Y cuando esa percepción se debilita, la vida comienza a girar en torno a objetivos secundarios que no logran llenar el vacío de lo esencial.

La recuperación de una vida con propósito no comienza con grandes decisiones externas, sino con una reconexión interna. Implica volver a la fuente, recuperar la sensibilidad y permitir que Dios vuelva a alinear la vida desde adentro. No se trata de encontrar algo nuevo, sino de redescubrir aquello que siempre estuvo presente, pero que dejó de ser visible.

Este proceso requiere detenerse, revisar, y sobre todo, estar dispuesto a dejar de vivir desde la inercia para comenzar a vivir desde la intención. El propósito no se impone desde afuera; se revela en la medida en que la vida se alinea con Dios.

Cuando esa alineación ocurre, la dirección comienza a aclararse, las decisiones adquieren coherencia y la vida recupera su sentido. No necesariamente cambian todas las circunstancias, pero cambia la manera en que se viven. Lo cotidiano deja de ser trivial y se convierte en parte de un camino mayor.

El entendimiento de estos conceptos es una invitación a reconocer si la vida está siendo guiada por un propósito claro o simplemente sostenida por la dinámica del día a día. Porque hay una gran diferencia entre avanzar y saber hacia dónde se avanza. Y es en esa diferencia donde se define no solo la dirección del camino, sino también la profundidad con la que se vive.

El reconocido orador Myles Munroe solía enfatizar que la mayor tragedia en la vida no era la muerte, sino la vida sin propósito, y estoy muy de acuerdo con eso. Hay personas que pueden hacer muchas cosas para sí mismas o para la sociedad, pero si no han caminado dentro de los parámetros del Autor de la vida, solo han realizado cosas efímeras.

Dios es eterno y Su propósito también lo es; por eso solo puede ser concretado en Cristo. Si no caminamos en las

dimensiones del Nuevo Pacto, solo estaremos haciendo cosas, pero el hacer, incluso dentro de la iglesia, no siempre está vinculado con la efectividad de vida.

Hay ministerios que solo están enfocados en su propio avance, pero no en el Reino de Dios. Los creyentes que participan de esos ministerios son discipulados en función de esa casa, pero no del propósito divino. Esto es muy penoso y, ciertamente, la responsabilidad recae en sus líderes. La gente es víctima de esta tendencia, pero el costo puede ser enorme.

Desde el mismo momento en que estos creyentes llegan a esa casa ministerial, comienzan a ser impartidos en función de las estrategias y estructuras de dicho lugar. La gente se entrega, se compromete, invierte su tiempo, su dinero y su potencial creyendo que todo es para Dios, pero es desenfocada de la vida para que solo considere el propósito dentro de los intereses de esa casa.

Estos líderes hablan de paternidad, de sujeción, de honra y de entrega, pero en lugar de ligar a las personas a la dirección del Espíritu Santo, solo pretenden someterlas a sus planes. Lamento tener que enseñar esto, porque no tengo la mínima intención de causar controversias dentro de la Iglesia. Por tal motivo, esto es algo que no publicaría en una red social; pero mis hermanos deben saberlo, de lo contrario seguirán siendo visibles solo dentro de las cuatro paredes de la casa en la cual se congregan.

No importa cuán grande y exitoso parezca dicho ministerio: si perdemos la visibilidad en la sociedad, en nuestra casa, en nuestros lugares de estudio, de trabajo y de convivencia, habremos abortado el propósito divino. Dios no diseñó la Iglesia para que sea “mega” dentro de cuatro paredes, sino para que sea efectiva en manifestar a Cristo hasta lo último de la tierra.

Lo más importante de una Iglesia no es cuánta gente congregue, sino cuán efectiva sea en la manifestación de Cristo en el mundo. Si queremos ser visibles a la manera de Jesús, no debemos planificar una simple multiplicación ni una expansión a través de fabulosos inmuebles. Aunque todo esto no tenga nada de malo, no debemos perder el propósito, porque estamos entrando en tiempos de densa oscuridad y la Iglesia necesita resplandecer como luminares, más allá de nuestros grandes eventos.

***“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida...”***

Filipenses 2:14 al 16



## Capítulo once

# LA VULNERABILIDAD ESPIRITUAL O NATURAL

*“Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro para demostrar que esta fuerza extraordinaria proviene de Dios y no de nosotros.”*

2 Corintios 4:7 (NVI)

Cuando la vida espiritual pierde profundidad, no solo se debilita su expresión visible, sino también su capacidad de sostenerse frente a las presiones, las influencias y las distorsiones que constantemente la rodean. Esta fragilidad no siempre se percibe de inmediato, porque puede coexistir con una apariencia de estabilidad; sin embargo, en lo interno, la estructura ya no tiene la misma firmeza.

La vulnerabilidad espiritual no es simplemente una falta de conocimiento, sino una combinación de factores que afectan la solidez del creyente: desconexión, falta de discernimiento, debilidad en las convicciones y una relación inestable con la verdad. Cuando estos elementos se alinean, la persona queda expuesta a influencias que, en otro contexto, habría podido identificar y resistir con claridad.

Uno de los primeros efectos de esta condición es la dificultad para discernir. No porque la verdad no esté disponible, sino porque la sensibilidad necesaria para reconocerla se ha debilitado. La persona puede escuchar diferentes voces, recibir múltiples influencias y enfrentarse a diversas ideas sin tener una referencia interna suficientemente clara para evaluarlas con precisión.

En este punto, la vida espiritual comienza a depender más del entorno que de la convicción. Las decisiones se ven influenciadas por lo que se percibe, por lo que otros opinan o por lo que parece funcionar, en lugar de estar ancladas en una verdad firme. Y cuando la referencia se desplaza de lo interno a lo externo, la estabilidad se vuelve frágil.

Esta vulnerabilidad también se manifiesta en la facilidad con la que se adoptan ideas sin un proceso de evaluación profunda. No todo lo que se presenta como correcto lo es, y no toda enseñanza produce vida. Sin embargo, cuando el discernimiento está debilitado, la capacidad de filtrar se reduce, y la persona puede incorporar conceptos que, aunque parecen adecuados, terminan desviando su enfoque.

A esto se suma la falta de firmeza en las convicciones. Cuando la verdad no ha sido profundamente arraigada, cualquier presión externa puede generar dudas o inconsistencias. La persona no necesariamente abandona lo

que cree, pero comienza a relativizarlo, a adaptarlo o a reducir su alcance para evitar conflicto o incomodidad.

Este proceso no siempre es consciente. En muchos casos, ocurre de manera progresiva, a medida que la vida espiritual pierde solidez. Las decisiones que antes eran claras comienzan a volverse negociables, y aquello que antes se sostenía con convicción empieza a depender de las circunstancias.

Otro aspecto importante de la vulnerabilidad espiritual es su relación con la tentación. Cuando la vida interior no está fortalecida, la capacidad de resistir se ve afectada. No porque la persona no quiera hacerlo correcto, sino porque no cuenta con la firmeza necesaria para sostener esa decisión en el tiempo.

La tentación, en este contexto, no siempre se presenta de manera evidente o extrema. Puede manifestarse en pequeñas concesiones, en decisiones aparentemente inofensivas o en ajustes sutiles que, con el tiempo, terminan desviando el camino. Y cuando no hay una base sólida, esas pequeñas desviaciones pueden acumularse hasta generar un cambio significativo en la dirección de la vida.

Es importante entender que la vulnerabilidad espiritual no es un estado definitivo, sino una condición que puede ser revertida. No define la identidad del creyente, pero sí señala la necesidad de fortalecer áreas que han sido descuidadas. Porque la vida espiritual no está diseñada para sostenerse en

la fragilidad, sino en la firmeza que proviene de una comunión profunda con Dios.

Recuperar esa firmeza implica volver a lo esencial: a la verdad, a la comunión, a la coherencia entre lo que se cree y lo que se vive. No se trata de construir una fortaleza externa, sino de desarrollar una estabilidad interna que permita enfrentar cualquier situación con claridad y convicción.

Este proceso requiere tiempo, intención y, sobre todo, una disposición a ser formado. La firmeza no se alcanza de manera instantánea, sino a través de un caminar constante, donde la verdad se arraiga, la sensibilidad se afina y la relación con Dios se fortalece.

Esta es una invitación a reconocer si la vida espiritual está siendo vivida desde la firmeza o desde la vulnerabilidad. No para generar temor, sino para despertar conciencia. Porque solo cuando se identifica la fragilidad es posible comenzar a fortalecer lo que necesita ser afirmado. Y en ese fortalecimiento, la vida deja de estar expuesta para comenzar a sostenerse con una solidez que no depende de las circunstancias, sino de una comunión real y profunda con Dios.

Desarrollar o recuperar la fortaleza espiritual no es simplemente resistir con los dientes apretados ni aparentar que nada nos duele; es activar la revelación de la gracia divina que, a través del Espíritu Santo, nos capacita para

permanecer firmes cuando todo a nuestro alrededor puede estar temblando. El apóstol Pablo lo expresó con claridad: ***“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”*** (Filipenses 4:13). Pero Pablo no se refería a que podemos hacer lo que se nos ocurra, sino a que podemos vivir todo en Cristo y por causa de Su propósito.

El apóstol no hablaba de una fuerza natural, sino de la gracia que lo sostenía incluso en cárceles, persecuciones, hambre y soledad. Esa es la clase de fortaleza que el mundo no entiende, pero que el creyente experimenta cuando se abandona en los brazos de Dios. Es entonces cuando podemos ser vulnerables por fuera, pero fuertes en Dios.

La fortaleza espiritual es, en esencia, la capacidad de mantener la fe, la esperanza y la obediencia en medio de la tormenta. Es la convicción de que, aunque los vientos arrecien, nuestra barca no se hundirá, porque Cristo está en ella. Esa fuerza no nace del ego ni de la autosuperación, sino del Espíritu Santo que obra en lo profundo del corazón.

Cuando sentimos que nuestras rodillas tiemblan y que no podemos dar un paso más, la fortaleza espiritual nos recuerda que no caminamos solos. Como Isaías proclamó: ***“Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ninguna”*** (Isaías 40:29). Esta promesa es un bálsamo para quienes están agotados, porque no depende de lo que nosotros podamos hacer, sino de lo que Dios es capaz de hacer en nosotros.

Ser fuertes espiritualmente no significa no llorar, no sentir dolor o no tener dudas; significa que, aun en medio de las lágrimas, seguimos confiando en el carácter de Dios. Significa que, aunque la vida nos doblegue, no nos rompa, porque nuestras raíces están profundas en Cristo. Como un árbol plantado junto a corrientes de agua, podemos resistir el calor, la sequía y la tormenta, porque nuestras raíces no están en la superficie de la vida, sino en lo profundo de Su eternidad.

Cuando somos vulnerables en lo natural, podemos visibilizar la presencia misma de Dios, porque Pablo dijo que cuando era débil, entonces era fuerte, y que en su debilidad se manifestaba el poder de Dios (**2 Corintios 12:9**). Sin embargo, cuando somos vulnerables espiritualmente, necesitamos volver a la fuente de vida, porque de lo contrario sufriremos la invisibilidad de los creyentes vacíos: aquellos que cantan, participan de reuniones, escuchan mensajes y realizan tareas, pero no permanecen en la fortaleza de Dios.

En otras palabras, ser vulnerables en lo espiritual nos impide manifestar a Cristo, por más que las circunstancias de vida sean favorables. Sin embargo, ser vulnerables por fuera nos permite manifestar a Cristo, aun cuando las circunstancias de la vida sean adversas. Ser visibles o invisibles en Cristo está determinado por cuál dimensión nos encuentra vulnerables. Una debilidad nos conviene y la otra nos perjudica. Es decir: “No es la debilidad la que nos destruye, sino el lugar donde esa debilidad habita.”

## Capítulo doce

# **UNA IGLESIA DEBILITADA**

*“siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.”*

2 Corintios 3:3

La vida espiritual nunca es una experiencia aislada. Aunque se vive de manera personal, siempre tiene un impacto colectivo. Cada creyente forma parte de un cuerpo, y lo que ocurre en su interior no solo define su propia realidad, sino que también influye, directa o indirectamente, en la salud de la comunidad a la que pertenece.

Por eso, cuando la condición del creyente invisible se extiende, sus efectos no se limitan al ámbito individual. Comienzan a manifestarse en la dinámica de la Iglesia, afectando su fuerza, su dirección y su capacidad de cumplir con el propósito para el cual ha sido establecida.

Una Iglesia no se debilita únicamente por ataques externos, sino también por la falta de vida interna. Cuando muchos están presentes, pero pocos están plenamente activos; cuando hay participación, pero no implicación; cuando hay estructura, pero no profundidad, la comunidad comienza a perder su capacidad de avanzar con claridad y firmeza.

Este debilitamiento no siempre es evidente a primera vista. Puede existir organización, actividad constante e incluso crecimiento en ciertos aspectos. Sin embargo, cuando la vida espiritual de sus miembros no está siendo desarrollada de manera plena, la Iglesia comienza a sostenerse más en el esfuerzo que en la vida que fluye desde Dios.

Uno de los primeros efectos de esta condición es la concentración de la responsabilidad en unos pocos. Cuando la mayoría adopta una postura pasiva, el peso del avance recae sobre un grupo reducido que asume la carga de sostener, liderar y movilizar. Esto no solo genera desgaste en quienes están comprometidos, sino que también limita el potencial de la comunidad en su conjunto.

La Iglesia fue diseñada como un cuerpo donde cada miembro cumple una función, donde cada vida aporta, donde cada llamado encuentra su lugar. Cuando esa dinámica se rompe, el funcionamiento se vuelve parcial, y lo que debería ser una expresión completa se reduce a una manifestación limitada.

A esto se suma la pérdida de impacto. Una comunidad formada por creyentes que no están plenamente activos difícilmente podrá influir de manera significativa en su entorno. Puede mantener su presencia, pero no necesariamente su relevancia. Puede sostener su estructura, pero no su capacidad transformadora.

La influencia de la Iglesia no depende únicamente de su mensaje, sino de la vida que respalda ese mensaje. Cuando esa vida no está presente con claridad, el alcance se reduce, y el impacto pierde profundidad. No porque la verdad haya cambiado, sino porque no está siendo plenamente manifestada.

Otro aspecto importante de este debilitamiento es la disminución de la unidad real. No la unidad basada en la convivencia o en la coincidencia externa, sino aquella que surge de una vida compartida en Dios. Cuando cada creyente vive desde una conexión superficial, la relación entre ellos también se ve afectada, y la comunidad pierde cohesión en lo profundo.

Esto genera un entorno donde es más difícil edificar, más complejo avanzar y más limitado el crecimiento genuino. La Iglesia puede seguir funcionando, pero no con la plenitud para la cual fue diseñada. Se mantiene, pero no se expande con la misma fuerza. Existe, pero no necesariamente influye como debería.

Es importante comprender que esta realidad no es el resultado de una sola causa, sino la suma de muchas vidas que, sin haberse desconectado completamente, han dejado de vivir con plenitud su llamado. Cada nivel de pasividad, cada área no desarrollada, cada vida que no se involucra plenamente, contribuye a una expresión colectiva más débil.

Sin embargo, así como la debilidad colectiva es el resultado de múltiples vidas que no están plenamente activas, la fortaleza también se construye cuando cada creyente decide responder con mayor profundidad. La transformación de la Iglesia no comienza en lo estructural, sino en lo personal. No se produce desde afuera hacia adentro, sino desde adentro hacia afuera.

Cuando una vida se activa, impacta su entorno inmediato. Cuando muchas vidas lo hacen, la comunidad comienza a fortalecerse de manera visible. La carga se distribuye, el propósito se comparte y la expresión del Reino se vuelve más clara y consistente.

Este capítulo es una invitación a comprender que la vida espiritual no es solo una responsabilidad individual, sino también una contribución colectiva. Lo que cada uno decide vivir afecta el todo, y lo que el todo manifiesta está directamente relacionado con la suma de esas decisiones.

La Iglesia no está llamada a sostenerse con pocos mientras muchos observan, sino a avanzar como un cuerpo

donde cada parte cumple su función. Y es en esa dinámica donde se encuentra su verdadera fuerza.

Porque cuando cada creyente deja de ser invisible y comienza a vivir con plenitud, la Iglesia deja de ser débil y se convierte en una expresión viva, activa y transformadora del Reino de Dios.

Lo que deberíamos hacer es preguntar a nuestro entorno ¿Qué dice la gente de nosotros? Jesús se atrevió a realizar esa pregunta y fue claro que no solo la gente lo estaba viendo, sino que Pedro pudo ver lo invisible de su realidad espiritual. Cuando nos comprometemos como miembros del cuerpo y hacemos lo que debemos hacer, el Cristo puede manifestarse con poder.

Tanto la Biblia como la historia sugieren que el término “cristiano” fue probablemente un insulto burlón cuando se acuñó por primera vez. De hecho, Pedro dice a sus lectores que no se avergüencen si los llaman de esa manera (**1 Pedro 4:16**). Asimismo, cuando Herodes Agripa rechaza el llamamiento de Pablo para que se salve, le dice: *“Por poco me persuades a ser cristiano”*, y probablemente estaba jugando con la reputación negativa de ese término (**Hechos 26:28**). Sin embargo, esa supuesta burla, no hizo más que identificar con Cristo a los creyentes.

Seguramente hay términos que se han gastado por su mal uso, pero déjenme decirles que al final, no hay nada más hermoso que la sociedad nos identifique con Cristo, porque

somos su cuerpo, porque somos sus embajadores, porque debemos representarlo en todo tiempo y lugar. Lo triste es que no nos vean, que seamos invisibles, o que la sociedad solo vea carteles, salones y eventos, en lugar de ver a Cristo que es nada menos que la unción que portamos.

¿En verdad estamos siendo cartas que la sociedad puede leer? ¿Qué lee cuando nos escucha, cuando nos ve, cuando nos conoce? ¿Qué hay en nuestros corazones, que sale por nuestra boca, qué fruto podemos ofrecer?



## Capítulo trece

### **LLAMADOS A MANIFESTAR, NO A OCULTAR**

*“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.”*

1 Juan 5:4

Después de comprender las diferentes formas en que la vida espiritual puede debilitarse, volverse pasiva o perder su dirección, es necesario volver al punto de partida: el diseño original de Dios. No para idealizarlo como algo inalcanzable, sino para redescubrir la intención con la que cada creyente fue llamado.

La fe nunca fue concebida como una experiencia oculta, reservada o limitada al ámbito interno. Desde su origen, ha sido una realidad destinada a manifestarse, a hacerse visible, a expresarse de manera concreta en la vida de aquellos que han sido alcanzados por Dios. No como una exhibición externa, sino como la evidencia natural de una transformación real.

Este principio redefine la manera en que entendemos la vida espiritual. No se trata únicamente de creer correctamente, sino de vivir de tal manera que aquello en lo que se cree pueda ser percibido. La fe no fue diseñada para permanecer encerrada en lo íntimo, sino para influir, para reflejar y para impactar.

La idea de una fe que permanece oculta, sin expresión visible, no corresponde al diseño del Reino. No porque todo deba ser expuesto, sino porque la vida que proviene de Dios, cuando es genuina, no puede ser contenida indefinidamente. Se hace visible en la manera de pensar, en las decisiones, en las relaciones y en la forma de enfrentar la vida.

Esto no implica una presión por demostrar, sino una consecuencia de lo que se es. La visibilidad no es el resultado de un esfuerzo por aparentar, sino la expresión natural de una vida que ha sido transformada. Cuando lo interno es real, lo externo inevitablemente comienza a ser reflejado.

Uno de los aspectos más importantes de este llamado es comprender que cada creyente ha sido diseñado para manifestar algo de Dios en su entorno. No se trata de un privilegio reservado para algunos, sino de una responsabilidad compartida por todos los hijos de Dios. La vida espiritual no es una experiencia pasiva, sino una participación activa en la expresión del Reino.

Esto cambia la perspectiva desde la cual se vive la fe. Ya no se trata solo de recibir, sino de representar; no solo de

ser bendecido, sino de ser canal; no solo de experimentar, sino de reflejar. La vida adquiere una dimensión que trasciende lo personal y se proyecta hacia los demás.

Sin embargo, para que esta manifestación sea genuina, debe nacer de una relación real. No se puede manifestar aquello que no se ha experimentado, ni reflejar aquello que no se ha internalizado. Por eso, el énfasis no está en la apariencia, sino en la esencia. Cuando la esencia es correcta, la manifestación se produce de manera natural.

El problema surge cuando la fe se reduce a lo interno sin permitir que influya en lo externo. En ese punto, la vida espiritual se vuelve incompleta, porque retiene aquello que fue diseñado para fluir. No se trata de preservar algo, sino de permitir que lo que Dios ha depositado encuentre expresión.

Este llamado a manifestar también implica asumir una posición. No es posible vivir una fe visible desde la neutralidad. Requiere decisiones, implica definiciones y demanda coherencia. La manifestación no ocurre de manera automática; está ligada a una disposición consciente de vivir conforme a lo que se ha recibido.

A medida que el creyente responde a este llamado, comienza a experimentar una nueva dimensión de su vida espiritual. La fe deja de ser solo una convicción interna y se convierte en una fuerza que transforma la realidad. Las decisiones adquieren un nuevo peso, las acciones un nuevo

sentido y la vida en su conjunto comienza a alinearse con un propósito mayor.

Es importante entender que esta manifestación no siempre será reconocida o valorada por todos. No busca aprobación ni depende de la aceptación externa. Su fundamento está en la fidelidad a lo que Dios ha establecido, no en la reacción de quienes observan. Por eso, su valor no se mide por la visibilidad, sino por la autenticidad.

Creo que todos debemos reconsiderar la manera en que estamos viviendo nuestra fe. No como una experiencia privada, sino como una realidad que debe ser visible. Porque el llamado no es a ocultar lo que Dios ha hecho, sino a permitir que se manifieste con claridad. Y es en esa manifestación donde dejamos de ser invisibles, no por exposición, sino por la evidencia de una vida que ya no puede permanecer contenida.

Lamentablemente hay una mala interpretación de la relación entre la fe y las obras, y esta surge de no entender lo que la Biblia enseña acerca de la salvación. En realidad, hay dos errores en cuanto la fe y la práctica de esta.

El primer error es la enseñanza que dice que una persona será salva, tan solo por decir: “Yo acepto a Jesús como Señor y salvador de mi vida”. En realidad, si consideramos salva a una persona por una simple oración, es porque hemos intercambiado la regeneración por una simple decisión, y esto es absolutamente erróneo.

La idea de que una profesión de fe, puede salvar a una persona, incluso si después vive como si fuera el diablo, asume una nueva categoría de creyente llamado “cristiano carnal”. Esto permite diversos estilos de vida vergonzosos que pueden ser solo un pretexto para la consciencia.

Quienes creen eso, pueden asumir que un hombre puede ser un adúltero, un mentiroso o un ladrón de bancos, pero a la vez ser salvo, porque un día hizo una oración aceptando a Jesús. Sin embargo, como podemos ver en **Santiago 2:17**, una profesión de fe vacía, que no resulta en una vida de obediencia a Cristo, es en realidad una fe muerta que no puede salvar: *“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”*.

El otro error que suele cometerse es en cuanto a las obras y la fe, es tratar de hacer que las obras sean parte de lo que nos justifica delante de Dios. La mezcla de obras y fe para ganar la salvación, esto es totalmente contrario a lo que las Escrituras enseñan. En **Romanos 4:5** dice, *“más al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”*.

En realidad, somos justificados por gracia mediante la fe, y el resultado natural de la fe en el corazón, son las obras que todos pueden ver. Las obras que siguen a la salvación no nos hacen justos ante Dios; ellas simplemente fluyen desde un corazón regenerado y de forma tan natural como el agua que brota de un manantial.

La salvación es un acto soberano de Dios por el cual un pecador no regenerado tiene el *“lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”* derramado sobre él (**Tito 3:5**), haciendo que nazca de nuevo (**Juan 3:3**). Cuando esto sucede, Dios le da un corazón nuevo al que ha sido perdonado y coloca un nuevo espíritu nuevo dentro de él (**Ezequiel 36:26**). Dios quita el corazón de piedra endurecido por el pecado y lo llena con el Espíritu Santo. Así, el Espíritu hace que la persona que ha sido salva, camine en obediencia a la Palabra de Dios (**Ezequiel 36:26 y 27**), lo cual es visible para todos.

La fe sin obras es muerta porque revela un corazón que no ha sido transformado por Dios. Cuando hemos sido regenerados por el Espíritu Santo, nuestras vidas van a demostrar esa vida nueva. Nuestras obras se caracterizarán por la obediencia a Dios. La fe que no se ve, llega a ser evidente por la demostración del fruto del Espíritu en nuestras vidas (**Gálatas 5:22**). Los cristianos pertenecemos a Cristo, el buen pastor, y como ovejas que somos, escuchamos Su voz y le seguimos (**Juan 10:26 al 30**).

La fe sin obras es muerta porque la fe resulta en una nueva creación, no en una repetición de los mismos patrones de conducta pecaminosa. Como Pablo escribió:

*“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”*

2 Corintios 5:17

## Capítulo catorce

# **EL REINO INVISIBLE SE VUELVE VISIBLE**

*“Jesús les dijo: El reino de Dios no va a venir en forma visible. La gente no dirá: ¡Miren, aquí está! o ¡Allí está! En realidad, Dios ya reina entre ustedes”*

Lucas 17:20 y 21 (PDT)

Hablar del Reino de Dios implica necesariamente hablar de una realidad que, aunque tiene un origen espiritual, no está destinada a permanecer oculta. El Reino no es una idea abstracta ni un concepto teórico; es una expresión concreta del gobierno de Dios que, cuando está presente, se hace evidente de diversas maneras. No siempre de forma espectacular, pero sí real, tangible y perceptible.

Desde esta perspectiva, resulta imposible separar el Reino de su manifestación. Donde el Reino está operando, algo cambia. La vida es transformada, el orden se establece, la verdad se afirma y la dirección se alinea. Puede que no siempre sea visible para todos en el mismo nivel, pero siempre deja evidencia de su presencia.

Esta comprensión confronta directamente la idea de una fe completamente interna, desconectada de toda expresión visible. Si el Reino está presente en la vida de un creyente, necesariamente comenzará a reflejarse en su manera de vivir. No como una actuación, sino como la consecuencia natural de estar bajo el gobierno de Dios.

El Reino introduce un nuevo orden. No se limita a añadir elementos espirituales a una vida ya existente, sino que redefine la manera en que se piensa, se decide y se actúa. Implica una reconfiguración interna que, con el tiempo, se traduce en una transformación externa. Por eso, su presencia no puede permanecer oculta indefinidamente.

Otro de los errores más comunes es reducir el Reino a una experiencia futura o a una dimensión exclusivamente espiritual sin implicaciones prácticas. Sin embargo, el Reino tiene una expresión presente. Se manifiesta en lo cotidiano, en las decisiones que se toman, en la forma en que se responde a las circunstancias y en la manera en que se vive cada área de la vida.

Esta manifestación no siempre es llamativa, pero sí consistente. Se evidencia en la coherencia, en la integridad, en la paz que gobierna el interior, en la justicia que orienta las acciones. Son expresiones que no dependen de lo externo, sino de una realidad interna que ha sido transformada.

Cuando el Reino no se percibe en la vida del creyente, no es porque haya dejado de ser una realidad, sino porque no

está siendo plenamente vivido. El problema no está en el Reino, sino en el nivel de alineación con él. Porque el Reino no se adapta a la vida del creyente; es el creyente quien debe alinearse con el Reino.

Esta alineación no es automática. Requiere un proceso de rendición, de ajuste y de transformación continua. Implica dejar de vivir desde criterios propios para comenzar a vivir desde los principios que el Reino establece. Y a medida que ese proceso avanza, la vida comienza a reflejar con mayor claridad la realidad que gobierna en su interior.

Es importante entender que la visibilidad del Reino no está ligada a la exposición pública, sino a la evidencia real. Una vida puede no ser ampliamente conocida y, sin embargo, manifestar el Reino con claridad en su entorno inmediato. La visibilidad no se mide por alcance, sino por autenticidad.

El Reino se hace visible allí donde gobierna. Y su gobierno no es impuesto, sino aceptado. Se establece en la medida en que el creyente decide someter su vida a la voluntad de Dios. Por eso, su manifestación está directamente relacionada con el nivel de rendición y alineación.

Esta verdad redefine el concepto de influencia espiritual. No se trata de imponer ideas ni de generar impacto desde lo externo, sino de vivir de tal manera que la realidad del Reino se haga evidente. La influencia no nace del

esfuerzo por destacar, sino de la consistencia de una vida gobernada por Dios.

Este capítulo es una invitación a revisar si el Reino está siendo una realidad visible en nuestra vida, no en términos de apariencia, sino de evidencia. Porque una fe que no se expresa en la vida diaria está incompleta, y un Reino que no se manifiesta no está siendo plenamente vivido.

Cuando el creyente comprende que el Reino no es solo algo que se espera, sino algo que se vive, su perspectiva cambia. La vida deja de estar centrada en lo inmediato y comienza a alinearse con una realidad mayor. Y en ese proceso, lo invisible comienza a hacerse visible, no por esfuerzo humano, sino por la acción de Dios en una vida rendida.

Porque donde el Reino está, siempre hay evidencia. Y esa evidencia es la que transforma no solo al que la vive, sino también a todo aquello que toca.

***Ustedes deben orar así:  
“Padre nuestro que estás en el cielo,  
santificado sea tu nombre.  
Venga tu reino.  
Hágase tu voluntad  
en la tierra como en el cielo.”  
Mateo 6:9 y 10***

## Capítulo quince

### **ACTIVADOS PARA EJERCER INFLUENCIA**

*“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder...”*

Mateo 5:13 y 14

Comprender que la vida espiritual está llamada a manifestarse y que el Reino de Dios se expresa de manera visible no es el punto final, sino el inicio de una responsabilidad. La revelación, cuando es genuina, siempre conduce a la activación. No se limita a ampliar el entendimiento, sino que impulsa a una respuesta que transforma la manera de vivir.

Los creyentes hemos sido diseñados no solo para experimentar la vida de Dios, sino también para influir desde esa vida. Esta influencia no es un añadido opcional, ni una posibilidad reservada para algunos; es una consecuencia

directa de haber sido alcanzados por una realidad que, por su propia naturaleza, tiende a expandirse.

Influir no significa dominar, imponer o buscar reconocimiento. Tampoco implica necesariamente ocupar posiciones visibles o desarrollar plataformas amplias. La verdadera influencia espiritual nace de una vida alineada con Dios, cuya coherencia y consistencia generan un impacto que trasciende las palabras.

Esta perspectiva redefine la manera en que se entiende el llamado. No se trata únicamente de hacer algo para Dios, sino de vivir de tal manera que la vida de Dios pueda expresarse a través de cada área. La influencia no comienza en lo que se hace, sino en lo que se es. Y cuando el ser está alineado, el hacer encuentra su lugar de manera natural.

El Señor dijo que somos la sal de la tierra, no que debemos producirla, y luego dijo que somos la luz del mundo, no dijo que debíamos generarla. Nuestra naturaleza espiritual, en plena comunión con Su presencia se torna sal y se torna luz, porque Él es la sal que nos enriquece, y Él es la luz que nos atraviesa. Nosotros somos canales de Su manifestación e influencia.

Uno de los errores más comunes es asociar la influencia con lo extraordinario, con lo milagroso o con lo masivo. Sin embargo, el Reino se expresa con frecuencia en lo cotidiano, en lo aparentemente simple, en espacios donde la fidelidad y la coherencia tienen un peso mayor que la

visibilidad. Es allí donde la influencia se vuelve genuina, porque no depende de la exposición, sino de la autenticidad.

Ser activado para influir implica asumir que cada entorno en el que se vive es una oportunidad para manifestar la realidad de Dios. No hay espacios neutros ni irrelevantes. La familia, el trabajo, las relaciones y las decisiones diarias se convierten en escenarios donde la vida espiritual encuentra expresión concreta.

Esta activación también requiere una disposición a salir de la pasividad. No es posible influir desde la indiferencia ni desde la inercia. Implica tomar decisiones intencionales, asumir responsabilidad y permitir que la fe deje de ser únicamente una convicción interna para convertirse en una fuerza que orienta la vida.

A medida que el creyente se posiciona en este lugar, comienza a experimentar una nueva dimensión de su propósito. Ya no vive solo para sí mismo, ni se limita a su propio crecimiento, sino que entiende que su vida tiene un impacto en otros. Esta conciencia transforma la manera en que se relaciona con el entorno, porque cada acción adquiere un significado mayor.

Es importante entender que esta influencia no se ejerce desde la perfección, sino desde la coherencia. No se trata de no fallar, sino de vivir con una dirección clara, de responder con integridad y de permitir que la vida sea un reflejo progresivo de lo que Dios está haciendo en nuestro interior.

La activación para influir también implica disponibilidad. No basta con tener claridad; es necesario estar dispuesto a responder cuando se presentan las oportunidades. Muchas veces, la diferencia entre una vida que impacta y una que permanece limitada no está en la capacidad, sino en la disposición.

Este proceso no ocurre de manera automática. Requiere una decisión consciente de dejar de vivir de forma pasiva para comenzar a asumir el rol que corresponde. Y en ese camino, el creyente comienza a descubrir que la influencia no es una carga, sino una expresión natural de una vida que está siendo transformada cada día más.

Este capítulo es una invitación a reconocer que la fe no fue diseñada para permanecer contenida, sino para extenderse. No para limitarse a la experiencia personal, sino para impactar el entorno. Porque cada vida que se alinea con Dios se convierte, inevitablemente, en un punto de influencia.

Es en esa influencia donde debemos dejar de ser invisibles, no porque busquemos ser vistos, sino porque la vida que portamos comienza a hacerse evidente en todo lo que tocamos, en todo lo que hablamos, en todo lo que hacemos. Esto lo digo y lo deseo, como integrante de una generación de creyentes muy difíciles. No por capricho ni por maldad, sino por la cultura que nos rodea, que también busca influenciar la vida de todo ser humano.

Hoy en día el enemigo opera desde la cultura y como hijos de Dios, no debemos ignorar esto. Si comprendiéramos profundamente el mecanismo de influencia que busca el reino de la oscuridad, trabajaríamos mucho más sobre lo que implica desarrollar una cultura de Reino.

La batalla que estamos enfrentando hoy, es cultura contra cultura y no nos está resultando fácil, porque hay líderes dentro de la Iglesia que piensan y enseñan una cultura de congregación, de institución, de religiosidad y eso no es lo que puede afectar al mundo de manera efectiva.

La cultura del Reino no está compuesta por simples costumbres de culto, está compuesta por valores, principios, sistemas, dones y frutos, que no pertenecen a ninguna denominación, sino a la verdadera vida en Cristo. Esto no tiene que ver con prácticas, sino con la manifestación de Su vida, eso es lo que nos hará efectivamente visibles.



# Capítulo dieciséis

## **EL DESPERTAR ESPIRITUAL**

*“Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.”*

Isaías 60:1

Todo proceso de transformación genuina comienza con un despertar. No con un cambio externo inmediato, ni con una modificación superficial de hábitos, sino con un movimiento interno que rompe la inercia, que sacude la pasividad y que devuelve a la persona la conciencia de lo que realmente está ocurriendo en su vida espiritual.

El despertar no siempre es cómodo. Implica ver con claridad aquello que antes estaba oculto, reconocer estados que se habían normalizado y confrontar realidades que, en muchos casos, se habían evitado. Sin embargo, es precisamente en ese momento donde se abre la posibilidad de un cambio verdadero.

Mientras no hay despertar, la vida continúa en automático. Se repiten patrones, se sostienen dinámicas y se mantiene una estructura que, aunque funcional, no está produciendo vida. La persona puede avanzar en lo externo, pero sin una conciencia profunda de su estado interno. Y en esa falta de conciencia, la transformación se vuelve imposible.

El despertar introduce una ruptura en esa dinámica. Interrumpe la continuidad de lo conocido y genera una nueva sensibilidad. De repente, aquello que antes parecía suficiente deja de serlo. Lo que se había aceptado como normal comienza a incomodar. Y lo que estaba adormecido empieza a cobrar vida nuevamente.

Este proceso no es el resultado del esfuerzo humano, sino de una respuesta a la acción de Dios. Es Él quien confronta, quien ilumina, quien revela. Pero el despertar no se completa sin una respuesta. La persona puede ser expuesta a la verdad, pero es su disposición la que determina si esa verdad producirá un cambio o quedará simplemente como una experiencia más.

Uno de los primeros efectos del despertar es la recuperación de la sensibilidad. La vida espiritual deja de ser mecánica y vuelve a ser percibida con claridad. La voz de Dios se distingue con mayor precisión, la convicción se fortalece y la respuesta comienza a ser más intencional. No porque todo esté resuelto, sino porque se ha reactivado la capacidad de percibir.

A partir de allí, se produce un cambio en la manera de posicionarse. La pasividad comienza a ceder lugar a la responsabilidad, la indiferencia se transforma en interés genuino y la rutina deja de ser suficiente. La persona ya no puede permanecer en el mismo lugar sin sentir una tensión interna que la impulsa a avanzar.

Es importante entender que el despertar no es un evento aislado, sino el inicio de un proceso. No resuelve todo de inmediato, pero sí establece una nueva dirección. Marca un antes y un después en la manera en que se vive la fe, porque introduce una conciencia que ya no puede ser ignorada.

Este proceso también requiere honestidad. No se puede avanzar sin reconocer con claridad el punto de partida. El despertar pone en evidencia lo que necesita ser ajustado, y esa evidencia demanda una respuesta sincera. No desde la culpa, sino desde la disposición a cambiar.

A medida que la persona responde, el despertar se profundiza. Lo que comenzó como una inquietud se convierte en una convicción, y esa convicción empieza a traducirse en decisiones concretas. La vida comienza a alinearse, no por presión externa, sino por una transformación interna que se vuelve cada vez más clara.

Esta es una invitación a no resistir ese despertar cuando ocurre. A no volver a adormecer lo que ha sido activado, ni a ignorar la incomodidad que, en muchos casos, es señal de

vida. Porque lo que incomoda en este contexto no es el problema, sino el inicio de la solución.

Despertar implica dejar de vivir desde la inconsciencia para comenzar a vivir desde la verdad. Implica abrir los ojos, no solo para ver lo que falta, sino para reconocer lo que es posible. Y en ese reconocimiento, la vida encuentra una nueva oportunidad.

Porque nadie puede salir de la invisibilidad sin primero despertar. Y cuando ese despertar ocurre, todo lo que parecía estático comienza a moverse, todo lo que estaba oculto comienza a revelarse y todo lo que había sido postergado encuentra el momento para comenzar. Y es en ese punto donde la transformación deja de ser una idea, para convertirse en un camino real.



## Capítulo diecisiete

# **ASUMIENDO RESPONSABILIDADES**

*“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres...”*

Colosenses 3:23-24

El despertar espiritual, por profundo que sea, no produce transformación por sí mismo si no es acompañado por una respuesta consciente. Puede abrir los ojos, generar sensibilidad y provocar una inquietud genuina, pero si no conduce a una toma de responsabilidad, corre el riesgo de diluirse con el tiempo y convertirse en una experiencia más dentro de la vida del creyente.

Asumir responsabilidad es el punto donde la conciencia se traduce en acción. Es el momento en que la persona deja de atribuir su estado a factores externos y comienza a reconocer su propio rol en el desarrollo de su vida espiritual. No desde la culpa, sino desde la madurez. No como una carga, sino como una oportunidad de responder de manera intencional a un Dios que nos pide vivir para Su gloria.

Este paso es determinante, porque rompe con una de las tendencias más comunes en la vida espiritual: la pasividad delegada. Mientras la responsabilidad se mantiene fuera, la transformación permanece limitada. Es fácil esperar que otros impulsen, que las circunstancias cambien o que el entorno facilite el crecimiento, pero el verdadero avance comienza cuando la persona decide involucrarse activamente en su propio proceso.

Asumir responsabilidad implica aceptar que la vida espiritual no se sostiene de manera automática. Requiere decisiones, requiere disciplina, requiere una disposición constante a alinearse con lo que Dios está mostrando. No se trata de producir vida por esfuerzo humano, sino de posicionarse correctamente para que esa vida fluya.

Este posicionamiento cambia la manera en que se enfrentan las diferentes áreas de la vida. Lo que antes se evitaba comienza a ser confrontado, lo que se postergaba comienza a ser atendido y lo que se justificaba comienza a ser revisado con honestidad. La persona deja de rodear aquello que necesita cambio y comienza a enfrentarlo con determinación.

Uno de los aspectos más importantes de este proceso es la coherencia. Asumir responsabilidad no se limita a reconocer lo que se debe cambiar, sino a tomar decisiones que reflejen ese reconocimiento. La transformación no ocurre en el nivel de la intención, sino en el de la acción sostenida.

Esto implica salir de la zona de comodidad y entrar en un terreno donde las decisiones tienen peso. No siempre será fácil, ni siempre resultará inmediato, pero es en ese espacio donde la vida espiritual comienza a fortalecerse. Cada decisión alineada, cada paso de obediencia, cada respuesta intencional contribuye a construir una nueva dinámica.

También es importante entender que asumir responsabilidad no significa caminar solo. No es un llamado a la autosuficiencia, sino a la participación activa. Dios sigue siendo la fuente, el que guía y el que sostiene, pero por experiencia enseño, que somos nosotros en dependencia del Espíritu Santo, quienes dejamos de ser simples receptores pasivos para convertirnos en colaboradores conscientes.

Este equilibrio es clave. La responsabilidad no reemplaza la dependencia de Dios, sino que la expresa. A medida que respondemos, nos posicionamos de manera que la gracia pueda operar con mayor libertad en nosotros. No se trata de hacer cosas en lugar de Dios o simplemente para Dios, se trata de responder a lo que Él desee hacer a través de nosotros.

A lo largo de este proceso, se desarrolla una nueva perspectiva. La vida deja de ser algo que simplemente sucede y comienza a ser algo que se construye intencionalmente bajo la dirección de Dios. Las decisiones adquieren un valor mayor, porque se entiende que cada una de ellas contribuye a la formación de la vida espiritual.

Ante esto hay un clamor del cielo para la iglesia actual: Qué dejemos de postergar aquello que ya nos ha sido revelado. A no permanecer en la conciencia sin avanzar hacia la acción. Porque cada verdad que se comprende lleva consigo una responsabilidad, y cada responsabilidad asumida abre la puerta a un nuevo nivel de crecimiento.

No se trata de hacerlo todo de una vez, sino de comenzar. De dar el primer paso, de tomar la primera decisión, de responder a aquello que ya está claro. Y en ese inicio, se activa un proceso que, sostenido en el tiempo, produce una transformación real.

Porque el cambio no ocurre cuando sabemos lo que debemos hacer, sino cuando decidimos hacerlo. Y es en esa decisión donde el creyente deja de ser invisible, no solo por lo que comprende, sino por lo que comienza a vivir.

Cuerpo siempre implica visibilidad, porque todo cuerpo cumple con la función de expresar la vida que contiene. Un cuerpo que no ejerza ninguna acción, que se duerma en la pasividad, solo será como un cuerpo muerto, y nosotros somos el cuerpo de Cristo, lo cual nos compromete a la acción. No cualquier acción, sino las acciones que provienen de la perfecta voluntad del Padre.



## Capítulo dieciocho

# **ACTIVANDO LO QUE DIOS NOS ENTREGÓ**

*“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”*

Hebreos 13:20 y 21

Asumir responsabilidad marca un punto de inflexión en la vida espiritual, pero ese paso necesita ser dirigido hacia una acción concreta: activar aquello que Dios ya ha depositado en la vida del creyente. Porque el llamado no se limita a salir de la pasividad, sino a entrar en una dinámica donde lo recibido comienza a ser utilizado, desarrollado y expresado.

Cada vida ha sido equipada con propósito. No como una posibilidad lejana, sino como una realidad presente que, en muchos casos, permanece latente. Dones, capacidades, convicciones y asignaciones forman parte de un depósito que

no fue dado para permanecer inactivo, sino para ser puesto en funcionamiento dentro del diseño de Dios.

Sin embargo, una de las consecuencias más comunes de la invisibilidad espiritual es precisamente la inactividad de ese depósito. No porque no exista, sino porque no ha sido reconocido, o habiéndolo sido, no ha sido desarrollado. Y cuando lo que ha sido dado no se activa, la vida pierde una de sus dimensiones más significativas.

Activar lo que Dios depositó no comienza necesariamente con grandes acciones, sino con una disposición a reconocer que hay algo en nosotros que no está siendo plenamente utilizado. Implica dejar de minimizar lo recibido, dejar de compararlo con otros y comenzar a asumirlo como una responsabilidad personal.

Este proceso también requiere romper con la idea de que el propósito está limitado a ciertos contextos o funciones específicas. Lo que Dios deposita en una vida no está restringido a un espacio determinado, sino que puede y debe expresarse en diferentes áreas. La vida espiritual no se reduce a momentos puntuales, sino que se integra en toda la existencia.

A medida que el creyente comienza a activar lo que ha recibido, se produce un cambio en la manera en que se percibe a sí mismo. La identidad deja de estar definida por la pasividad y comienza a alinearse con el propósito. La vida

adquiere dirección, y las decisiones comienzan a responder a una conciencia más clara de lo que se ha sido llamado a hacer.

Es importante entender que la activación no es automática ni instantánea. Requiere intención, desarrollo y, en muchos casos, un proceso de aprendizaje. Lo que ha sido depositado necesita ser cultivado, afinado y puesto en práctica. Y en ese proceso, la persona no solo utiliza lo que tiene, sino que también crece en su capacidad de hacerlo.

Este camino implica salir de la comodidad de lo no desarrollado y entrar en el desafío de lo que está en proceso. No siempre será sencillo, ni estará libre de errores, pero es en ese espacio donde la vida espiritual se vuelve dinámica, donde el propósito comienza a tomar forma y donde la fe se expresa de manera concreta.

Otro aspecto fundamental de esta activación es la fidelidad en lo pequeño. Muchas veces, se espera una oportunidad grande para comenzar, cuando en realidad el desarrollo comienza en lo cotidiano, en lo aparentemente simple, en aquello que está al alcance. Es en ese espacio donde se forma el carácter, donde se afina la sensibilidad y donde se construye la consistencia.

La activación también implica disponibilidad. No basta con tener capacidad; es necesario estar dispuesto a responder. Dios no solo deposita, sino que también abre espacios, presenta oportunidades y dirige procesos. Y es en

la respuesta a esas oportunidades donde lo que ha sido dado comienza a manifestarse.

A medida que este proceso avanza, la vida comienza a experimentar una nueva dimensión de plenitud. No porque todo esté resuelto, sino porque se está caminando en la dirección correcta. Hay una coherencia entre lo que se es y lo que se hace, entre lo que se ha recibido y lo que se expresa.

Este capítulo es una invitación a dejar de vivir por debajo de lo que ha sido depositado en nosotros. No desde la presión, sino desde la conciencia. Porque cada vida que permanece inactiva representa un potencial no desarrollado, una influencia no ejercida y una expresión del Reino que no se está manifestando.

Pero cuando lo que Dios ha puesto en una vida comienza a activarse, todo cambia. La fe se vuelve dinámica, el propósito se vuelve claro y la vida deja de girar en torno a lo que falta para comenzar a moverse desde lo que ya ha sido dado.

Es en esa activación donde los creyentes dejamos de ser invisibles, no porque busquemos ser reconocidos, sino porque la vida que llevamos dentro encuentra finalmente su expresión a través de nuestro compromiso, nuestra entrega, nuestra rendición.



## Capítulo diecinueve

### **VIDAS QUE DEJAN HUELLAS**

*“Pues Dios los llamó a hacer lo bueno, aunque eso signifique que tengan que sufrir, tal como Cristo sufrió por ustedes. Él es su ejemplo, y deben seguir sus pasos.”*

1 Pedro 2:21 NTV

Cuando la vida espiritual es restaurada, cuando los hijos de Dios despertamos, asumiendo responsabilidades y activando aquello que Dios ha depositado en nosotros, el resultado no es solo un cambio interno, sino una transformación que comienza a proyectarse hacia afuera de manera natural, porque esa es la consecuencia inevitable de quienes hemos logrado alinearnos con el propósito Divino.

Una vida que deja huella no se define por su visibilidad externa, sino por la profundidad de su impacto. No se mide por el reconocimiento que recibe, sino por la transformación que produce. Es una vida que, aun en lo cotidiano, refleja una realidad que trasciende lo inmediato y deja evidencia de que Dios está obrando.

Esta huella no siempre es evidente en términos inmediatos. En muchos casos, se construye de manera progresiva, a través de decisiones consistentes, de una fidelidad sostenida y de una coherencia que se mantiene a lo largo del tiempo. No es el resultado de momentos aislados, sino de una vida que ha aprendido a permanecer alineada.

Uno de los aspectos más importantes de una vida que deja huella es su capacidad de influir más allá de sí misma. No vive encerrada en su propia experiencia, sino que se convierte en un punto de referencia para otros. No porque lo busque, sino porque la vida que porta genera un impacto que no puede ser contenido.

Esta influencia no se limita a lo visible o a lo inmediato. Muchas veces, la huella más profunda se establece en espacios donde no hay reconocimiento, donde no hay aplauso, donde no hay exposición. Es en la integridad, en la fidelidad y en la coherencia donde la vida adquiere un peso que trasciende lo superficial.

A medida que esta dinámica se desarrolla, el creyente comienza a experimentar una nueva dimensión de su propósito. Ya no se trata solo de crecer personalmente, sino de ser parte de algo mayor. La vida deja de centrarse en lo individual y se proyecta hacia el impacto que puede generar en otros.

Es importante entender que dejar huella no significa alcanzar un nivel de perfección. No se trata de una vida sin

errores, sino de una vida con dirección. La coherencia no implica ausencia de fallas, sino una disposición constante a alinearse, a corregir y a avanzar. Y es precisamente esa consistencia la que construye una influencia real.

Otro aspecto fundamental es que la huella no se construye desde la intensidad momentánea, sino desde la permanencia. No son los momentos de mayor impulso los que definen el impacto, sino la capacidad de sostener una vida alineada en el tiempo. Es en esa continuidad donde la vida adquiere profundidad y donde la influencia se vuelve duradera.

También es necesario comprender que la huella no siempre será percibida en su totalidad por quien la deja. Muchas veces, el impacto de una vida trasciende lo que se puede ver o medir. Se extiende más allá de lo inmediato, alcanza a otros en momentos y formas que no siempre son visibles. Y sin embargo, eso no disminuye su valor; al contrario, lo confirma.

Este tipo de vida no surge de manera automática, sino como resultado de un proceso. Es el fruto de haber salido de la invisibilidad, de haber respondido al llamado, de haber activado lo que Dios depositó. Y en ese proceso, la vida adquiere una consistencia que la convierte en un canal a través del cual Dios puede obrar.

Este capítulo final, es una invitación a considerar no solo cómo estamos viviendo, sino qué tipo de huella estamos

dejando. No desde la presión de lograr algo, sino desde la conciencia de que cada vida tiene un impacto, y que ese impacto puede ser alineado con el propósito de Dios.

Porque al final, la vida no se mide únicamente por lo que se ha hecho, sino por lo que ha producido en otros. Y es en ese fruto donde se evidencia si la vida ha sido vivida con propósito o simplemente transitada sin dirección.

Cuando los creyentes llegamos a este punto, dejamos de ser invisibles de manera definitiva. No porque hayamos buscado destacarnos, sino porque la vida que fluye desde nuestro interior ha encontrado una expresión fluida, ha tocado otros y ha dejado una marca que trascenderá eternamente. Y es en esa huella donde se revela que la fe, cuando es vivida plenamente, es visible y nunca pasa desapercibida.

***“Padre... No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.”***

Juan 17:16 al 21

# CONCLUSIÓN

“Nunca más invisibles...”

A lo largo de este recorrido hemos puesto en palabras una realidad que, aunque muchas veces silenciosa, tiene un impacto profundo en la vida de todos los creyentes. Hemos visto cómo es posible estar presente sin estar plenamente activos, cómo la fe puede diluirse en la rutina, cómo la vida espiritual puede sostenerse en formas mientras pierde su esencia. Pero también hemos visto algo aún más importante: que esa no es la vida a la que hemos sido llamados.

Dios nunca diseñó una fe invisible. No nos llamó a permanecer ocultos en lo interno, sin expresión, sin impacto, sin evidencia. No nos alcanzó para que simplemente existamos dentro de un entorno espiritual, sino para que seamos portadores de una vida que se manifiesta, que transforma y que deja huella.

Por eso, este libro no termina en un diagnóstico, sino en una decisión. Porque después de ver, comprender y reconocer, siempre llega el momento de responder. Y esa respuesta no depende de las circunstancias, ni del entorno, ni de lo que otros hagan o dejen de hacer. Es una decisión personal, íntima y consciente de dejar de vivir por debajo del diseño de Dios.

Tal vez, en algún momento de estas páginas, algo dentro de ti se inquietó. Tal vez reconociste áreas donde la

vida se había vuelto pasiva, donde la fe había perdido fuerza o donde el propósito ya no estaba tan claro como antes. Si eso ocurrió, no fue casualidad. Fue una oportunidad.

Porque no importa cuánto tiempo haya pasado, ni cuán profundo haya sido el proceso de desconexión, siempre hay un camino de regreso. Siempre hay una posibilidad de restauración. Siempre hay una invitación vigente a volver a vivir con plenitud.

Pero ese regreso no ocurre automáticamente. Requiere decisión, requiere rendición, requiere disposición a dejar atrás aquello que ha sostenido una vida limitada, para abrazar una vida alineada con el propósito de Dios.

Nunca más invisible no es una frase, es una determinación. Es decidir que la fe no será solo algo que se cree, sino algo que se vive. Es decidir que la vida no será sostenida por la inercia, sino dirigida por el propósito. Es decidir que lo que Dios ha depositado no permanecerá oculto, sino que encontrará expresión.

Este es un llamado a salir de la pasividad, a romper con la comodidad y a responder con todo el corazón. No desde la presión, sino desde la convicción. No desde la exigencia humana, sino desde el entendimiento de que hay más, mucho más, disponible en Dios. Porque una vida alineada con Él no puede permanecer estancada. Una fe viva no puede permanecer contenida, un creyente despierto no puede permanecer invisible.

A partir de aquí, el camino no será perfecto, pero sí será real. No estará exento de desafíos, pero estará lleno de propósito. Y cada paso, por pequeño que parezca, será parte de una vida que comienza a manifestar lo que Dios siempre quiso. Hoy, si es necesario, pueden decidir.

Decidir dejar de observar para comenzar a participar, decidir dejar de postergar para comenzar a responder, decidir dejar de vivir desde lo mínimo para comenzar a vivir desde lo pleno. Y en esa decisión, algo se activa. No solo en las obras, sino en la esencia de vida.



Si consideran que esta enseñanza se ha ajustado a una necesidad personal, pueden hacer esta oración:

*Padre eterno, me acerco a Ti en el nombre de Jesús, hoy reconozco que mi vida no fue diseñada para permanecer en la pasividad ni en la invisibilidad. Reconozco que me has llamado a una vida plena, activa y con propósito, y que muchas veces he vivido por debajo de ese llamado...*

*Hoy decido responder. Decido despertar de toda inercia, de toda rutina vacía, de toda forma sin esencia. Decido abrir mi corazón para que Tú examines, ordenes y alinees cada área de mi vida conforme a Tu voluntad y Tu propósito...*

*Perdóname por las veces en que me conformé, por las veces en que evité avanzar, por las veces en que lo que pusiste en mí quedó sin desarrollar. Hoy renuncio a toda pasividad y tomo la decisión de caminar en lo que me has llamado a vivir. Activa en mí todo lo que has depositado. Despierta lo que ha estado dormido. Fortalece lo que se ha debilitado, y guíame para vivir con claridad, con determinación y con fidelidad...*

*Que mi vida no sea solo una declaración, sino una evidencia. Que mi fe no sea solo algo que creo, sino algo que manifiesto. Y que en cada área de mi vida, Tu Reino se haga visible... A partir de hoy, decido no volver a ser invisible...*

*No por mi fuerza, sino por la vida que Tú produces en mí por Tu Santo Espíritu... ¡Amén!*

# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

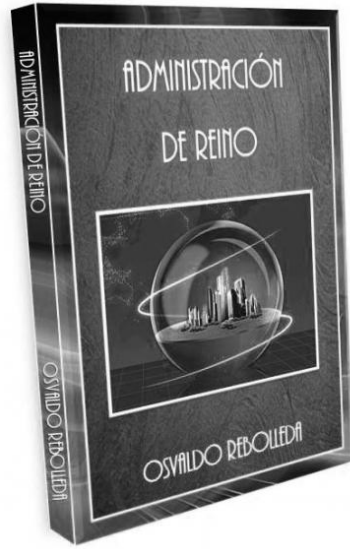
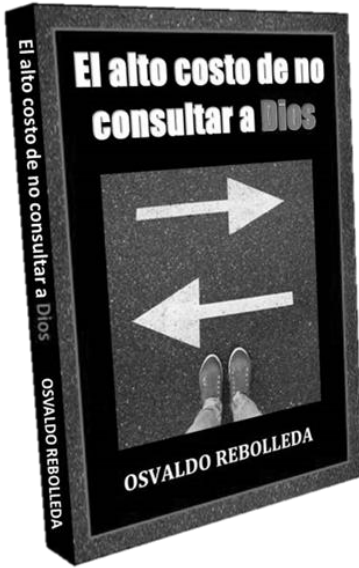
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

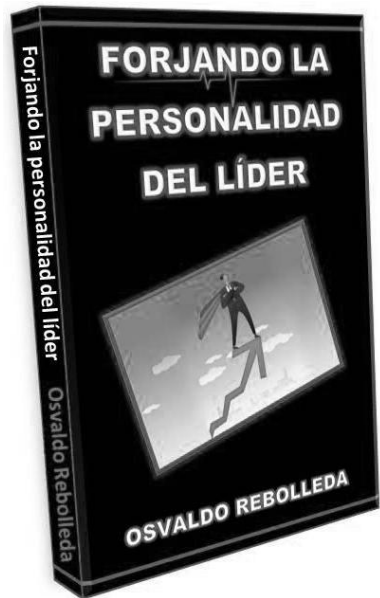
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

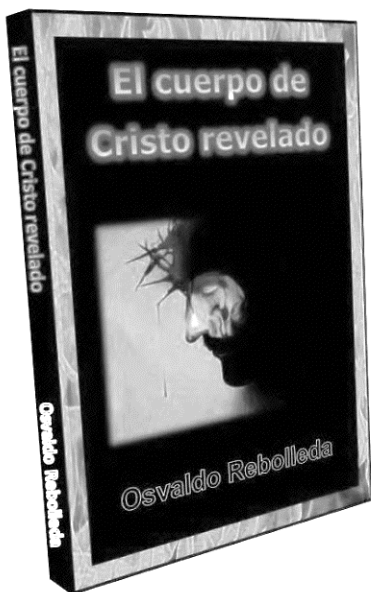
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

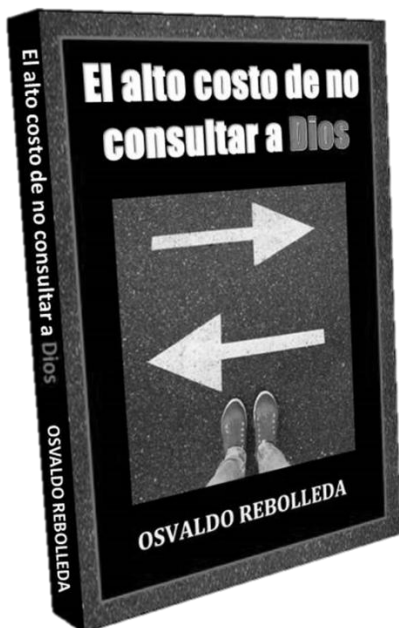


[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



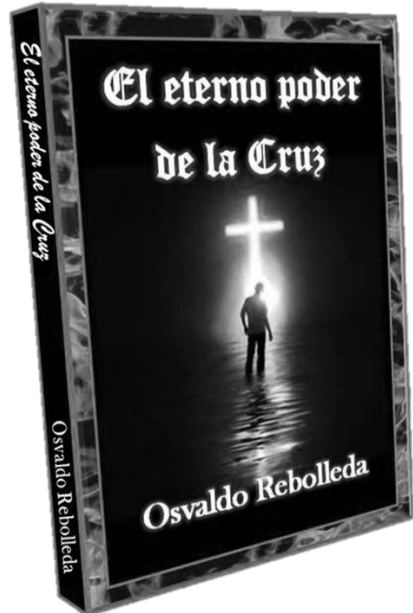
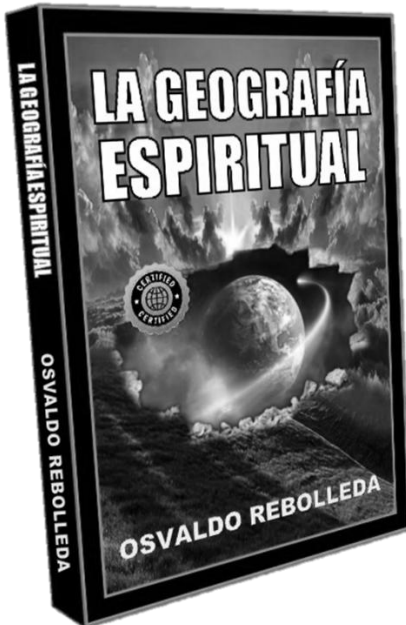


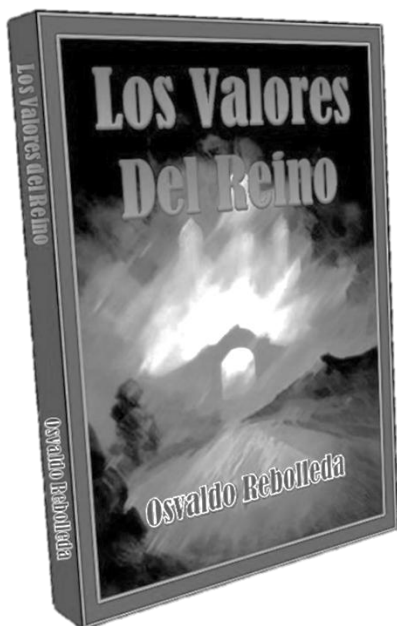
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

